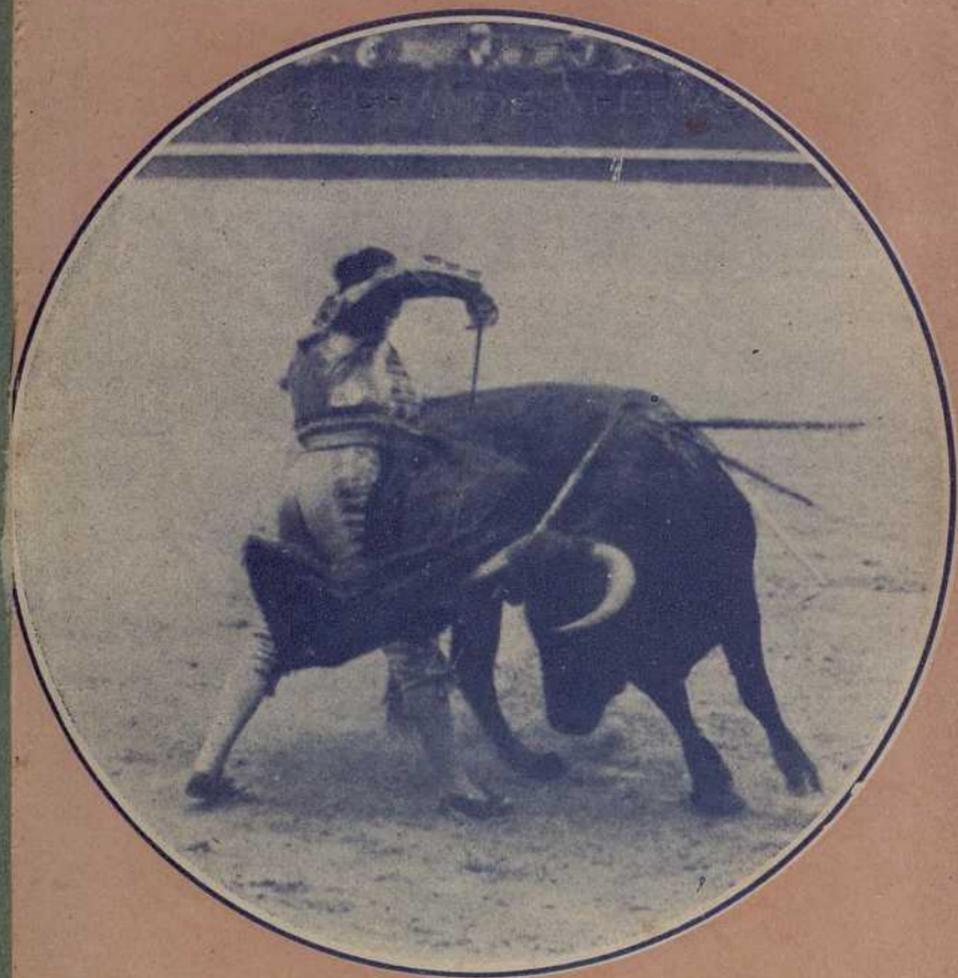


LAS GRANDES FERIAS

ARTE Y DOMINIO



MADRID EN MAYO 

— POR —



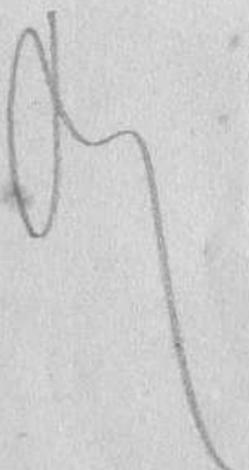
"MARCELO"

==ARTE Y DOMINIO==

7

LAS GRANDES FERIAS

ARTE Y DOMINIO



MADRID EN MAYO

————— POR —————

MARCELINO ALVAREZ (MARCELO)

+

ES PROPIEDAD

TIP. "LA ITÁLICA", VELARDE, 12, MADRID. TELÉFONO 3.824.

Dedicatoria

A los buenos aficionados de toda España; a los que van a los toros para saborear las bellezas del arte, no con la pretensión de suprimir del escalafón taurino a determinados diestros.

Marcelo.



PRÓLOGO

No te ofrezco, lector, en estas páginas nada fundamental.

Pretendo grabar para siempre una impresión de las grandes corridas que se celebraron en el ruedo madrileño durante el mes de mayo.

En ellas un joven matador de toros escribió una página brillantísima en los anales del toreo, y como esto es suficiente para que una pluma sincera lo consigne, yo, contando con tu benevolencia, lo hago.

No olvides que ese joven maestro de la tauromaquia ha sido discutido con exagerado calor, restándosele méritos a su extraordinaria ejecución, y no pierdas de vista que enfrente le pusieron un rival, que tiene momentos en la lidia que su trabajo alcanza gran relieve.

En estas dos figuras se concentró el interés de las corridas celebradas; pero a su lado figuraron

otras dos que tienen en el arte un puesto brillante.

Mi opinión ya la conoces, lector amigo. Yo creo que el diestro frente al toro debe ser consciente; es decir, debe saber la lidia que cada toro necesita y, al aplicarla, el aficionado juzga luego de la pureza de su labor. El torero, para ser figura indiscutible, necesita poseer *dominio y arte*. Si el diestro sabe lo que hace y no engalana la ejecución con destellos artísticos, su trabajo resultará frío, insulso e incoloro, y si, por el contrario, es muy artista sin conocer al toro, podrá alcanzar enorme altura, mientras la suerte le acompañe, pero siempre será candidato a serios contratiempos.

Yo, aunque me entusiasme en momentos de ejecución extraordinaria con diestros que pisan terrenos temerarios que desconocen, soy partidario convencido del que ejecuta con conocimiento de causa y además sabe adobar lo que hace con salsa exquisita.

Los toreros de *peritonitis* no son de mi cuerda. Los que sacan un jirón de seda alguna que otra vez, removiendo el cajón de trapos, tampoco. Toreros hechos, toreros de dominio, maestros del arte, conocedores del toreo; esos son los que convencen al buen aficionado.

El mejor ha sido siempre el que más supo, el que tuvo al público más tranquilo, aun cuando se metiera entre los pitones del toro, porque la maes-

tría presta confianza. Estos son los que señalan una época del toreo; los otros son aves de paso.

Sígueme, lector querido, que procuraré no enojarte.

Escúchame, lector

Soy un modesto escritor que por pregonar la pureza del toreo, afición que embriaga, me motejaron los enemigos de hombre apasionado. No lo soy, te lo juro con la mano derecha puesta en el corazón. En mis escritos, si tuviste la paciencia y el mal gusto de leerme, encontrarías calor, quizá excesivo calor; pero sinceridad, mucha sinceridad.

El temperamento de un cronista sólo puede influir en la forma, en el léxico de su obra; pero jamás debe ser acicate para que las ideas bullan en confuso tropel dando saltos mortales para cubrir defectos y falsear hechos.

No, soy sincero; por serlo he corrido serios peligros; por no ser maleable, contra mí cayeron amenazas de las que hacen enmudecer a los hombres cuando a sus espaldas llevan de impedimenta sagradas obligaciones; pero si ese camino sembrado de espinas se recorre tranquilo confiado en la soberanía de la conciencia, las lanzas que

amenazan al pecho progresivamente van rindiéndose y embotándose sus filos.

Soy sincero, y desde que comencé a escribir de asuntos taurinos caminé por la línea recta que mis observaciones me trazaron. A mi lado veo en la actualidad a muchos que durante largo tiempo estuvieron situados frente a mí. Bien llegados sean; es una satisfacción inmensa verlos tan cerca, y lo es más, porque ellos no me ven, a pesar de estar en mi sitio de siempre.

Las filas del gallismo tienen hoy por límite el infinito. Ayer nos contábamos por los dedos y sobraba mano; ¿habrá quien dude de la eficacia de unos cimientos sólidos en obras monumentales?

*
* *

En este trabajo, pobre por ser mío, quiero dar una impresión fiel de las grandes corridas celebradas. En las fundamentales corridas jugadas, y en la que actuaron los mejores toreros de la época, hubo mucho digno de aplauso y, por desgracia, bastante que censurar, y en el reparto de esas censuras, a ti, público impresionable y tornadizo, te toca buena parte.

No, no eres justo; te dejas dominar con una facilidad que molesta, con una sencillez impropia de tu experiencia. Eres un niño que te vas tras del primer charlatán que te sale al paso; caes en los

espejuelos del primer cazador furtivo que malévolamente se sitúa frente a ti para embaucarte. Eres, público querido, la joven inexperta que atiende solícita las frases galanas y envenenadas de los cortejadores de oficio.

No tienes voluntad propia, no tienes dominio para encauzar tus juicios sin auxiliares que te pervierten; de aquí tus injusticias, cometidas a granel durante las grandes fiestas taurinas que en el ruedo de la carretera de Aragón se celebraron, y de aquí tu confusión insensata al apreciar que habías sido juguete de reventadores de oficio. Este año apreciaste en la catedral taurina madrileña verdaderos derroches de arte puro; también ante tus ojos se hicieron faenas vulgares que jaleaste como si hubieran sido de oro fino; indiferenciaste trabajos de mérito y no te mostrastes severo con los que hicieron labor francamente mala; en una palabra, que no fuiste justiciero siempre, y como no lo fuiste te motejo de voluble y de cándido... con todos los respetos que me mereces.

Ya no hay campaña antitaurina

Autorizadas plumas, levantadas furiosas contra el flamenquismo, amenazaron destruirlo a todo evento.

Llevaba la campaña un tinte de hipocresía de tono subido, porque todos los golpes iban dirigidos contra las corridas de toros, y paladines destructores de la ingrata obra eran muchos o algunos de los que brillantemente supieron cantar las arrogancias de los toreros y el arte sugestivo y gracioso de los elegidos e iniciados.

Viste mucho, en efecto, hablar mal de la fiesta española. La cultura superficial invita a mostrarse detractor del *bárbaro* espectáculo; ¡el pobre caballo; el gesto de dolor del torero herido; el fiero bruto acorralado por el castigo; el picador que rueda violentamente por la arena; las interjecciones mil que lanza el espectador iracundo; el ambiente de lucha sangrienta; la falta de consideración personal, tópicos son que emplean los anti-aurinos para clamar contra el espectáculo! Pero en la lucha diaria, en el combate que todos los días sostienen sobre las cuartillas, está probado que descansan la víspera de la fiesta para buscar una entrada de favor que los redima del sacrificio de unas pesetas, sin perjuicio de chillarle al presidente que cometa el imperdonable delito de ocupar su sitial dos minutos después de la hora anunciada.

No señalo nombres, ¿para qué?, de esos *culturales* escritores que se indignan con las corridas de toros y no pierden una. En el pecado llevan la penitencia, pues se exprimen las seseras y no lo-

gran otra cosa más que darle relieve y hacerlas más atrayentes.

La fiesta de toros no puede morir. El camino que conduce a la Plaza es de un ambiente que embriaga y conmueve.

Se respira un aire de alegría que ensancha los pulmones. Hay gracia, gracia macarena, en la mujer que mira con ojos de fuego, entondaldos por las blondas de seda de su mantilla blanca. Los caballos que tiran del coche en el que va a la Plaza la mujer española corren aprisa, con sangre ardiente; van engallados, briosos; son corceles que trotan postineros, con orgullo.

¡No hablar mal de la fiesta española, que es la más hermosa de cuantas en el mundo existen! Reiros de un pueblo que aclama a un Carpentier porque fué ágil para destrozarle las mandíbulas al rival.

El boxeo, sin apuestas mutuas, no tiene razón de ser. El arte de torear tiene vida propia.

*
**

Pero eso del flamenquismo, ¿qué es? ¿Dónde está? ¿En qué región española nació? Es cierto que Andalucía conserva su malagueña, su seguidilla, las soleares, como Aragón conserva la jota, los zortzicos las Vascongadas, Galicia sus muñeiras y alboradas; ¿pero ataca a la cultura nacional el ara-

gonés porque en sus ratos de ocio, de descanso, rinda tributo al canto regional que le habla al corazón? ¿Es más flamenquista el andaluz entonando melancólicamente las notas sentidas de unas soleares, que el gallego llegándole al alma a su hembra con los sones de su soñadora dulzaina?

El flamenquismo, que tanto daña a esos escrupulosos escritores, no es tal flamenquismo: es la sonora vibración de un pueblo que adora sus costumbres, y por adorarle, le canta rendido.

*
* *

No es por ahí. Si las corridas de toros tienen enemigos o son censuradas en el extranjero, es por el espacio que les conceden los grandes periódicos de información mundial, que invadieron el terreno de la Prensa taurina para quedarse con su público. Los semanarios taurinos, la Prensa profesional, no pasa las fronteras, y, por tanto, no hace daño a la manoseada cultura del pueblo; pero en cambio la Prensa diaria informativa lleva pródigamente a todas partes reseñas de corridas y detalles de la vida íntima del diestro. Esa Prensa grande es la culpable del encarecimiento de los billetes de toros y del relieve social que hoy tiene el torero.

Pero como los antiflamenquistas *no ven o no quieren ver* la verdadera causa donde radica la España de la pandereta, atacan con saña al espectáculo.

La fiesta

La fiesta de toros es un espectáculo hermoso; tiene, para serlo, dos grandes alicientes: el peligro y el arte. Unidos, forman un conjunto de bella atracción; separados, sugestionan por el miedo a que el peligro obliga y subyuga por la gracia, desenfado y vistosidad estética con que el artista sepa revestirla.

De todos los espectáculos populares es el que encierra mayor poesía. El boxeo inglés es cruel, bestial, estupendo, inadmisibile. El desarrollo corporal de un boxeador podrá ofrecer encantos para alguna que otra dama sensual y pecaminosa; pero las gentes cultas, las que buscan un atisbo de arte en la lucha, saldrán con el disgusto y la impresión que el crimen deja retratado en el semblante.

El boxeo es una aberración incomprensible. No he querido saber nunca la denominación de los lances de esa lucha; pero, por muy rebuscadas que sean las frases que se empleen, siempre resultará que el saltar un ojo, romper una mandíbula o descargar una mano o una maza en el cráneo de un semejante, no puede llamarse más que salvajada. Pues bien, esas salvajadas son el encanto de los ingleses y norteamericanos, pueblos que marchan a la cabeza de la civilización, y los que con más ahinco estudian el progreso de su industria y el desenvolvimiento de su comercio.

Y se da con frecuencia el caso graciosísimo de que un súbdito de la rubia Albión, espectador de nuestra fiesta popular, sufra un síncope al ver herido y rodar por el suelo un caballo, mientras prorrumpe en frenético aplauso y en locas manifestaciones de alegría si su *favorito* en la lucha boxeadora logra destrozar el *depósito de los garbanzos* a su contrincante, privándolo del sentido el tiempo que marque el Reglamento o dejándolo en condiciones para que alguna Empresa de pompas fúnebres pague con el producto del sepelio, la contribución del trimestre.

Y ¿no es aberración que un pueblo laborioso, que piensa, que estudia, que trabaja, se dispute a altos precios los asientos de un circo para seguir embebido, paso a paso, los incidentes de un *corp a corp*, que en el primer envite brota la sangre, en el segundo brotan los dientes, y termina cuando el rival se baila un garrotín en contorsiones precursoras de la muerte?

¿No es un caso difícil para el estudio de la psicología de un país, la facilidad con que salta del culto a la ciencia al culto de la brutalidad?

No tienen derecho esos estirados señores para hacer una anatomía depresiva de nuestra pintoresca fiesta. ¡Qué han de tenerlo!

Esa fiesta de toros es mucho más humana que el boxeo y menos feroz; porque, si bien tiene una parte sangrienta, el vaho que se respira de un ca-

ballo moribundo no puede, en modo alguno, compararse con el que exhala el luchador despanzurado.

Entre el caballo herido y el hombre flagelado, optamos en España por el primero; mucho más, cuando después de esta primera parte dolorosa, y aun unido a ella, existe esa burla artística que del enemigo se hace con la cooperación de una capa de percalina, un par de rehiletes y una franela corta que reduce a la fiera y la manda y la vence.

Este arte para dominar un bicho de poder físico mucho mayor que el hombre, adornándolo al mismo tiempo con la ejecución de primorosos lances, sujetos a principios fundamentales donde se cimenta, es grande, es varonil, gracioso, sugestivo. Destaca en ejecución a una bolea que aplasta un cráneo, que destroza un estómago, que atrofia un pulmón provocando la asfixia.

Y si a esas cálidas emociones se une el ambiente de la alegría preliminar que se desarrolla en el camino de la Plaza, nadie podrá negar la superioridad del arte de los toros sobre el boxeo homicida.

Una Plaza de Toros exuberante de público alegre y dicharachero, salpicada de hermosas mujeres que llevan la española mantilla con la arrogancia peculiar de la raza; combatida por los caliginosos rayos de luz de un sol que ríe; alegrando su recinto una banda de música que acompasa aires que hiende el corazón de sana alegría; llena

de espectadores que ponen toda su alma, todo su interés, en los incidentes mil que surgen por momentos en la arena trágica; que aplaude y silba con idéntica facilidad; un circo, repito, en cuyo seno repercuten las encontradas pasiones del entusiasmo y de la censura, ha de ofrecer un cuadro sugestivo, pintoresco, de difícil imitación.

La épica lucha donde el hombre vence con *do-naire* y gracia; su temerario arrojito, fué embalsamado por los perfumes de cármenes bellos y por las pupilas negras, arrobadoras y sentenciosas de las princesas de la hermosura sevillana.

¡Pasión, mucha pasión!

Dicen los amantes de la fiesta taurina que sin pasión no sugiere el espectáculo.

Para mantener latente el interés, agregan, es preciso que en los tendidos de la Plaza se susciten mil discusiones y hasta que los bastones tomen parte principal en las argumentaciones que pongan en juego los discutidores.

Me parece mucho. Bueno es que los asistentes al espectáculo, en el *guirigay* de su charla incesante, sean irreductibles y sostengan con tesón sus puntos de vista; pero de eso a la canalización del *cuero cabelludo* hay una distancia enorme, que no

puede ni debe salvarla un roten desechado por gordo. ¡Caramba, eso no!, porque después del sentimiento que debe causar hacerle en el físico un desconchado a un amigo o conocido, los toreros causantes de la pendencia se ríen a mandíbula batiendo al saber que en el mundo hay tanto imbécil o tanto loco en libertad. ¡No, palitos no!

Yo he visto recientemente en el tendido 1 de nuestra Plaza de Toros a un muchacho, artista de seguro porvenir, perder la serenidad y sostener violentísima discusión con un respetable anciano que no comulgaba en los juicios que aquél formulaba en alta voz, durante la ejecución de una gran faena de Joselito el *Gallo*. Con tal motivo se cruzaron frases de grueso calibre, y no pasó la cosa a mayores porque el anciano se imponía con la autoridad de sus canas, y el artista supo guardar respeto relativo a las arrugas que hundían los ojos de su rival; pero, ¡señores, qué carita tenía el niño!; yo creo que ni a los combatientes de las orillas del Vístula les centellean los ojos a la hora del combate como al fogoso discutidor, que, dicho sea de paso, sabe tanto de toros como yo de pescar ranas con estoque.

Pero la fiesta es así; mucho calor, mucho fuego, frases atrevidas, voz de diapasón agudo y a la razón que la parta un rayo. Aquí, el que más chilla, es el más sabio; el que va decidido a imponerse, es el mejor aficionado; el más locuaz se cree que es el más vidente, y aunque los toreros lo des-

mientan con sus arrestos, ellos vencen siempre, porque... son ellos.

No hay razón para que nadie imponga su criterio, menos aún los contertulios de los grandes astros de la tauromaquia, porque ese criterio no puede estar fundado más que en el egoísmo, no interesado, no, en el egoísmo que se cimenta en el amor propio.

Creo de verdad que no todas las campañas que se hacen en favor de un diestro enaltecido con prodigalidad inverisímil tienen por fin miras interesadas, pero justo es confesar que esos señores están haciendo un daño muy grande a la fiesta, porque asimilando parte del público el fondo de las crónicas tendenciosas van a la Plaza con el propósito firme de hundir a los toreros. El que escribe para el público tiene el deber sagrado de enjuiciar sobre lo que vió y no hacer falsas argumentaciones para que la opinión se extravíe.

La literatura taurina ha llegado al mayor grado de desquiciamiento y tiempo es aún de recoger velas y entrar por el buen camino, porque el público, al darse cuenta del engaño, exige estrechas cuentas; por eso algunos escritores oyen lo que no quisieran oír cuando en el tendido presencian el espectáculo. Ellos, los aludidos, creen que los *bocinazos* dan popularidad, ¿pero a costa de qué?

¿Por qué es injusto el público?

En los hechos que dependen de las grandes multitudes hay siempre una mano directora, una mano que marca el camino de las masas inconscientes e impresionables. En una Plaza de Toros, reunión de diez, doce o catorce mil almas, hay una quinta o sexta parte del público total que sabe juzgar lo que ve sin auxilios de mentores habilitados; pero el resto lleva al anillo el prejuicio de lo que le han imbuído, de lo que le han hecho ver, aprovechándose de su incompetencia.

Los primeros, no necesitan de la Prensa para saber lo que en la Plaza ocurrió; los otros buscan la revista como auxiliar y faro de sus impresiones. Y así se da el caso, y se ha dado con harta frecuencia, que el grito de un asalariado fué estímulo bastante para que esos inconscientes, los bullangueros del montón, creyendo aquel grito profecía de un competente, le secundasen en su obra destructora.

Una almohadilla lanzada a un torero por un «paco» servil, fué en ocasiones la señal de guerra; y a la guerra acudieron los catecúmenos de la afición, los que juzgan por cuenta de otros, los que sólo ven por los ojos de los demás; y el circo se llenó de almohadillas agresivas, contra un torero que trabaja inútilmente, porque está cercado de enemigos, de miserables que venden su conciencia por los quince dineros.

Si véis por la calle un grupo que marcha con objeto desconocido, observaréis que el grupo aquel va engrosando por momentos, y, cuando ya lleve recorrido un buen espacio, apreciaréis que ha centuplicado su contingente; pero muchos de los que lo integran ignorarán el objeto, las causas de aquella pública manifestación.

Esos son los inconscientes, las masas corales, impresionables y frívolas, que necesitan para sus maquiavélicos fines los envenenadores de conciencias. Para esos inconscientes, para esas reatas de carne humana, de seres vulgares, dispuestos tanto al bien como al mal, viven y se agitan los jaleadores de toreros mediocres que nunca pudieron convencer a los que saben apreciar y saben saborear la gran pureza del toreo. Podrán vencer de momento, pero el tiempo, rodando, rodando, se encargará de que las cosas queden en su verdadero lugar; y entonces, al descubrirse la indigna, la miserable trama, caerán los filisteos aplastando sus cabezas las duras piedras del edificio que se levantó a la sombra.

*
**

Recuerdo que el gran Benavente, el humorista insigne, escribió desde *El Imparcial*, hace varios años, en una de sus admirables crónicas, que los lectores de corridas provincianas no podían formar juicio ni enterarse de lo ocurrido en aquellos anillos, porque donde un corresponsal decía un

gran pinchazo, otros consignaban un golletazo o estocada delantera.

Más tarde, Cristóbal de Castro en uno de sus celebrados escritos en *Heraldo de Madrid*, señalaba el cruel ensañamiento que con Rafael Gómez el *Gallo* se tenía, y agregaba que las personas decentes que concurrieron a la fiesta irían unidas a la coleta del gran torero.

Estas revelaciones espontáneas en hombres tan conocidos y tan ajenos a los pequeños escarceos tan rinos de entre bastidores, tienen una importancia grandísima, excepcional, porque reflejan en sus escritos el sentir de la gente imparcial y sensata. Esos dos escritores dieron, con sus admirables ironías, el mayor castigo que pudieran tener los paladines de toreros vividores. Ellos fueron portavoz de las personas imparciales; ellos llevaron la tranquilidad a los hombres de conciencia. Me encuentro entre ellos y por eso emprendí la lucha defendiendo al *Gallo* con mi modesta pluma, poniendo dique a los segadores confabulados de su cabeza. Por eso defendí, y defiende, a ese torero genial y admirable.

Sí, es admirable artista este Rafael, grande, como lo son todos los genios; con sus tonos fuertes, con sus desigualdades, con sus grandes diferencias; genial, porque defrauda nuestras ilusiones en los momentos más culminantes; admirable, porque, cuando vamos a la Plaza con el prejuicio de una tarde fatal, se nos revela el artista en proporción

gigantesca. El sol es más grande cuando se abre paso entre las nubes negras de la tempestad que agobia; lo es el rayo por la rapidez que marca los inimitables tonos de luz purísima.

No lo mataréis, señores cronistas; ¡el arte es inmortal!

*
* *

Esto que escribí hace tres o cuatro años encaja hoy como anillo al dedo. En tardes tan recientes como las de mayo último, de la Plaza partieron para Rafael gritos de «que se vaya», y es de deber el consignar que el torero ha estado más consentido que nunca con la muleta y que no ha hecho huídas descaradas ni ha perdido la cara del enemigo exceptuando la labor realizada el día 30 en el primer toro.

También José encontró al público predispuesto contra él y oyó exageradas censuras fuera de tiempo, de aquellos que sólo se fijan en lo que hace el torero, no en las condiciones del toro que tiene enfrente.

Y es de extrañar esta rara actitud de parte del público, porque el año de 1914 ocurrió lo propio con este diestro, y el muchacho, trabajando a conciencia, con *arte, valor y dominio*, convenció a los más rebeldes.

¿Se repetirá la película en la temporada de 1916?

¿Elaborarán los enemigos en el próximo invierno

para lograr su objeto cuando comience la temporada venidera?

Hoy tiene al público en el bolsillo, como suele decirse; ¿tendrán habilidad otra vez para quitárselo?

La mano de torear

Leo con frecuencia que hoy los toreros abusan de la mano derecha para torear de muleta. Es cierto, abusan. Pero si recorremos los anales del toreo y hacemos un alto en la aplicación que la muleta tenía en la antigüedad, se comprenderá fácilmente que no hay tal abuso, sino una imprescindible necesidad.

La muleta antes sólo servía para igualar a los toros; no se consideraba *toreo* el manejo del trapo, y claro, el diestro, sin estrecharse nada, la movía sobre la *izquierda* para que el enemigo uniera las manos.

Hoy no es eso; en la actualidad la muleta, en su aplicación frente al toro, asume la ejecución de infinitos lances que son otras tantas suertes del toreo, y se le exige al lidiador que los remate limpio, que pare mucho, que esté cerca, y además que castigue, que reste facultades al enemigo, que quebrante el cuello de los toros, que los haga do-

blar por ambos lados y que los humille para que presenten el morrillo.

Hoy el buen lidiador logra con la muleta ganar el cincuenta por ciento antes de atacar con el estoque.

¿Es posible lograr esto con todos los astados aplicando sólo la mano izquierda? Yo creo que no; es más, entiendo que salen muy pocos toros por los chiqueros que reúnan condiciones para hacerlo así, porque sabido es que muchos *cortan* por uno u otro lado, y precisa que el diestro *sepa* ahormarle la cabeza; esos toros de los que dicen los profesionales que toreándolos sobre la izquierda, por ejemplo, se ponen por delante.

El toreo, desde que todos los toros tienen que morir a manos del lidiador entrándole por la cara, ha sufrido las modificaciones impuestas por el desenvolvimiento adquirido; y el matador que pretenda sujetarse a los principios que regían en los comienzos del arte, sufrirá grandes contrariedades y hará una labor ímproba desprovista de todo lucimiento.

Hay que romper la leyenda. Hoy se torea más que nunca se ha toreado; en la actualidad el florecimiento del toreo está en todo su apogeo, no es posible hacer más en lucha con los toros, porque se ha llegado al dominio, a la sugestión.

Aquellas figuras que los viejos aficionados nos colocan de modelo a cada paso, serían muy buenos, grandes, en su época, pero si resucitasen y

practicaran al lado de los mejores toreros de hoy lo que entonces hacían, nuestro público se reiría de ellos a mandíbula batiente.

Claro es que debemos mirar con respeto a los que en la antigüedad fueron *gentes*, porque ellos cimentaron los principios del toreo; pero de eso a compararlos con los que hoy practican, media un mundo de diferencia. La evolución progresiva ha ido extendiendo el campo de la ejecución, y a medida que el público ha saboreado las bellezas impuestas por los inspiradores, ha exigido más y más hasta llegar al límite, porque, señores, estamos en el límite, a no ser que dentro de veinticinco, cincuenta o cien años se le exija al diestro que mate con la muleta sola, sin estoque, por quebrantamiento, por descoyuntación.

También es abusiva la exigencia de que *corran la mano*. Con el toro noble ya la corren; pero con los que *echan las manos por delante y no pasan*, ¿puede hacerse?

Seamos justos; es decir, estudiemos al toro, que es el elemento primordial. Estudiemos al astado para apreciar sus condiciones y luego exijámosle al matador que aplique el manejo de muleta acertadamente, y no olvidemos que no es posible siempre *correr la mano y torrear sobre la izquierda*.

Y después de estas ligeras consideraciones vamos a la Plaza porque Joselito y Belmonte van a contender, mano a mano, con seis bichos de la ganadería de D. Juan Contreras.

Vamos hacia la Plaza, que la mezquita rebosa gente; que en el *congresillo* estarán reunidos los que discuten, los que saben y entre los que habrá algunos que no saben lo que discuten.

Sepárate, lector, de la escalera que da acceso a los pisos altos de la Plaza, porque sube una española, *sieguesita*, con dos moras por ojos y plumeros por pestañas, que viste de sedas flexibles muy ceñidas; sepárate, porque si deja ver la media calada con un relleno que denuncia gloria, vas a enfermar del pecho por la agitación febril de tus suspiros.

Vamos hacia adentro para rendirle tributo de admiración al toro.

¡El toro!

Es el amo de la fiesta. Su salida del chiquero se espera con impaciencia. Su presentación gallarda, en actitud de desafío limpiando el ruedo de peones, se acoge con entusiasmo.

Es fino de cabos, de lustroso pelo, de cabeza alta, de armas afiladas. El ganadero, que ocupa un palco, lo mira orgulloso; de él espera su renombre; por obtenerlo lo cuidó con cariño.

Fué el amo de la dehesa desde que peleó con denuedo en la tiente. Los mejores pastos fueron para él, oyeron sus mugidos halagadores las mejores va-

cas y durante el tiempo que reinó como sultán entre las hembras corrió muchas aventuras. Dejó rastros de su sangre brava y transmitió a los descendientes la nobleza de su cuna. Vaqueros y gañanes siguieron paso a paso sus hazañas, y en el libro de la casa está el historial de sus proezas, que no se olvidarán.

¡Cuántas vacas de porte distinguido enfermaron por ti; cuántas veces comentaron llorosas tu ausencia por los extensos salones verdes de las dehesas! ¡Eres mucho toro; sugestionador, enamorado, valiente, pendenciero! ¡Pero eres noble!; ¡por serlo, mereces el aprecio y la admiración de todos! ¡Tu presencia nos alegra la vida!

¡Tararí...!

¡A los toros, a los toros!

Se celebraron durante el mes de los *isidros* nueve corridas de toros y desfilaron por el ruedo catorce matadores. Pastor, *Gallo*, *Mazzantinito*, *Regaterín*, *Bienvenida*, Malla, Freg, Paco Madrid, *Celita*, *Gallito*, Posada, Belmonte y *Saleri II*.

Se lidiaron cinco toros de Trespalacios, hoy de D. Matías Sánchez, de Salamanca, uno de Tovar, cinco de Contreras, uno de Paez, seis de Parladé (hoy de Gamero Cívico), seis de Veragua, seis de don Gregorio Campos, ocho de Saltillo, seis de

D. Esteban Hernández, seis de Urcola y seis de Murube.

Sufrieron las desagradables caricias de los enemigos Belmonte, Posada y Freg, el primero por un toro de Contreras, el segundo por uno de Saltillo y Freg por uno de Urcola.

Tomaron parte, en seis corridas *Gallito*, *Gallo* en cinco, en dos Pastor, Belmonte y Posada y en una *Mazzantinito*, *Regaterín*, *Bienvenida*, Malla, Freg, Madrid, *Celita* y *Saleri II*.

Pastor

Como no escribo para obtener sonrisas de agradecimiento, ni con la intención de sumar un éxito de librería, expondré mi opinión referente a este torero con toda sinceridad.

Es Pastor un torero hecho, sobrio, conocedor del arte en todas sus manifestaciones, pero carece de estética, de salsa, para realzar lo que hace; sin embargo, eso que hace es muy positivo y de gran valor; de aquí que cuente el chico de la calle de Embajadores con un gran partido y por no adornar su toreo con las exquisiteces de una figura artística, flexible, grácil, es natural que tenga también muchos detractores.

¿Es rondeño el toreo de Pastor? Indudablemen-

te es a la escuela que más se aproxima, pues los fundamentales principios de ella son parar y mandar con los brazos; pero es el caso que Vicente se olvida con demasiada frecuencia de Ronda, y confiado en el poder enorme que tiene en las piernas, para pocas veces, aunque mande mucho con la muleta.

Esas dos escuelas de toreo, *rondeña* y *sevillana*, van mixtificándose mucho con las evoluciones que el toreo ha sufrido, y de lo que fué en su origen, particularmente la primera, ya queda muy poco.

La *cantidad* de toreo que hoy se derrocha en una fiesta es tal, que obliga al diestro a intervenir en todos los tercios, y para dar fe de vida y lograr relieve, precisa ser alegre y poseer extenso repertorio.

Pastor para mucho con la muleta cuando un toro le toma bien los vuelos de ella; pero es el caso que los portavoz de la escuela sevillana también paran en este toro. Pastor, en quites, se ciñe en algunos enormemente, como se ciñen José y Belmonte.

Creo que sólo puede apreciarse si el toreo practica tal o cual escuela por su labor en conjunto, porque en detalles apreciamos que unos y otros se meten en la casa de la otra acera.

La primera parte de las grandes faenas de muleta de los hermanos *Gallo* casi siempre es parada, suave, templando, sobresaliendo en ellas los pases naturales y de pecho.

Luego llegan las alegrías con la diversidad de ejecución, afiligranada, cerca, dominando, sugestionadoras.

Belmonte aguanta una locura con la franela cuando puede torear a gusto, y en su ejecución tan ceñida manda muchísimo con los brazos; pero luego *tira* de molinetes, de mano derecha y en estilo tal, que se sale de Ronda por completo.

En las dos únicas faenas que aquí se le han visto, ya de matador de toros, ha promiscuado.

Vicente, con ser matador que sabe parar y manda mucho, se agita en ocasiones demasiado y mueve los pies más de la cuenta. También torea sobre la mano derecha y aunque no ha llegado al molinete, fácil es que algún día nos sorprenda rematando alguno.

Y vamos a consignar lo que hizo en Madrid en sus dos corridas de mayo:

El día 11 se las entendió con dos reses del duque de Veragua. No lució mucho con la muleta porque los enemigos se negaron a pasar, y comprendiéndolo así el diestro, se limitó al aliño para meter el brazo. Y en verdad que lo hizo superiormente, pues al primero, en tablas, cerca de la puerta de arrastre y en posición que daba poca salida, le entró rápido, logrando una estocada alta saliendo apuradillo y con velocidad en las piernas.

El cuarto lo brindó a *Machaquito*, que ocupaba una barrera, y a *Bombita*, que ocupaba un palco

correspondiente al asiento del que fué compañero de glorias y fatigas (mitad y mitad), y después de darle varios muletazos ganándole la cara por pies, se metió admirablemente al volapié, dando el hombro como pocas veces, y cogió una corta magnífica, de la que dobló el toro. En ambas reses fué calurosamente ovacionado. a mi juicio con gran justicia, porque ese segundo toro fué muerto como pocos toros se matan y porque le entró al primero en terreno difícilísimo y decidido, terreno que sólo pueden pisar los que tienen enormes facultades.

En quites se mostró, como siempre, activo y seguro, y fué su capote salvador de desaguisados.

El día 15, día de San Isidro, mató tres toros de Saltillo en vez de dos por la cogida de Posada.

A su primero lo toreó de muleta sin vistosidad, pero valiente, aunque movido, pues el toro adelantaba por ambos alfileres. Mató de media torcida, y después de una pasada, volvió a meterse, colocando medio acero algo pasado. El toro no era fácil ni para Vicente ni para diestro alguno, y como además no hizo pelea de bravo, no nos explicamos los aplausos que inició el público cuando arrastraron al cornúpeto.

¡Misterios del organismo
que nunca la ciencia explica!

Tampoco pudo lucirse con el cárdeno jugado en quinto lugar, pues además de ser feo, bastote, embestía flojo, como si fuera tonto. Vicente, sin per-

derle la cara, se limitó a mover el trapo para que le uniera las manos el bichazo y, cuando pudo, dejó media estocada desprendida y pasada que no fué del agrado de la parroquia. En estos dos toros había que exponer para matarlos bien.

En cambio al octavo, luchando con el huracán y con cierta *caída* por un lado, defecto de que adolecía el bicho, le metió el estoque en todo lo alto; pero el público no la apreció debidamente porque el agua comenzó a caer con coraje y lo puso en dispersión.

Total, que de cinco toros, mató Vicente en Madrid en el mes de mayo, uno magistralmente, dos muy bien y otros dos en forma deficiente. Toreando de capa no hizo nada plausible; en quites estuvo activo y bien y con la muleta como en los tiempos antiguos, aliñar para herir.

Conste, pues, que el madrileño está en su sitio de primera fila y conste también que si tiene enemigos por no adobar con salsa su toreo, cúlpese a la Naturaleza, que no ha querido darle mejores líneas.

Con su estética llegó y con ella morirá, porque no hay forma de fundirlo de nuevo.

Hay en él una figura del toreo.

Rafael

Tiene su apodo popular y de abolengo y, sin embargo, todo el mundo le llama Rafael.

Parece que nombrándosele así resalta más su figura artística y se le da más relieve a su arte afiligranado, a la pureza de la ejecución, a la genialidad del artista.

Rafael es hoy el torero consagrado, el maestro. Sobre la candente arena luchan su hermano, Belmonte, Vicente y algunos otros; todos tienen partidarios y enemigos. A Rafael no se le discute; todo el mundo siente veneración por su arte; y cuando el torero se apresta a desarrollar una de esas sugestivas faenas de muleta, de las que tiene el secreto, los espectadores experimentan una sacudida de placer y siguen embebidos, extasiados, los mil lances caprichosos y espontáneos de la ejecución inspirada del maestro.

Las ovaciones que a Rafael se le prodigan no son parecidas a ninguna. Su popularidad es general, grande, máxima.

El gran torero recoge hoy el fruto de su labor escabrosa desarrollada en años anteriores, cuando los enemigos le brotaban como erupción cutánea.

Hoy, tan torero como ayer y tan genial como

siempre, continúa con su muleta sembrando maravillas y en las Plazas sigue laborando a toda máquina en la cimentación de su crédito.

Decrépito, pobre de naturaleza, sin facultades en las piernas y de enfermiza constitución, lucha con el toro y sólo sabe de la vida que si una tarde está mal, lo vuelven loco a pitazos, y que si torea a gusto, las palmas se oyen desde Madrid en los almacenes de las grandes fábricas de Cataluña.

Rafael Gómez el *Gallo* es un revolucionario del arte de torear. Rafael ha logrado con las bellezas de su inspirada ejecución demostrar a los enemigos de la fiesta española, de esa fiesta sugestiva y matizada de primores valerosos, que el toreo es arte; arte elevado a la quinta esencia cuando el hijo del inolvidable Fernando se dirige al toro dispuesto a manejar la franela con esa salsa única, nativa y extraordinaria, de la que es dueño absoluto.

Rafael es un fenómeno con la muleta en la mano y hace con ella verdaderas locuras artísticas, incomprensibles para los que no han tenido la fortuna de verlas, e inenarrables para los que tienen la sagrada obligación de comunicar al público lo que en la Plaza ha pasado.

Esas grandiosas faenas del inimitable maestro nunca tienen en la Prensa la expresión fiel de su verdadero valor, porque es difícil seguir paso a paso las filigranas que el torero pone sobre el tapete en cinco minutos, cuando erguido y en la

plenitud de su dominio abre cátedra. Los más entusiastas partidarios de su toreo, yo por ejemplo, sufren y padecen lo indecible cuando sobre las cuartillas tienen que dar forma a lo que el torero ha hecho.

A mí me entusiasma las tardes felices del artista y me salgo a tomar una cerveza a los pasillos cuando aprecio que va decidido a estropearle la tirilla al enemigo.

Es genial Rafael, ¡qué duda cabe!; pero es un torero enorme, que hace olvidar en unos momentos las amarguras pasadas.

Pero en estas cinco corridas ha tenido al público de uñas, y en verdad que no hubo siempre razón para ello, porque con la muleta estuvo valiente, maestro, decidido, a pesar de tener la desgracia de tropezar con enemigos poco francos.

Es que el público espera siempre de él *la gran faena*, y cuando no puede hacerla, su contrariedad la manifiesta con *expresivas* demostraciones, más severas que con otro cualquiera; pero le quieren tanto, que al aplaudir también son pródigos con arrogancia.

Yo no sé más, con relación a este torero, que unas veces por bueno y otras por malo, siempre se habla de él y siempre concluyen todos por recordar tal o cual faena de esas que él solo ejecuta y en las que aparece el arte del toreo en todo su esplendor.

¡Rafael!

*
* *

Toreó cinco corridas, repito, comenzando el día 2, con reses de Trespalacios. A su primero, que salió suelto y mansurroneando, lo toreó de muleta eficazmente, pero sin los adornos que el público hubiera querido, logrando quedarse con el toro. Sobre tablas dió un pinchazo sin llegar y luego media delantera haciendo más por el enemigo. Descabelló al segundo golpe y se dividieron las opiniones.

Al cuarto le dió las buenas tardes con cuatro verónicas muy buenas, jugando los brazos bien. Terminó recortando, y a picar. El toro se resentía de las manos, y varias veces dobló.

El enemigo llegó adelantando por ambas defensas y lo toreó Rafael con precauciones, porque además se cernía. Entrando con marcado alivio colocó medio acero algo ido, que bastó. Oyó muchas muestras de desagrado. En quites hizo varios muy bien rematados, que se le aplaudieron en la proporción de su valer.

El día 13 salió de primer espada para contender con dos de D. Gregorio Campos, que dicho sea de paso aquí no ha justificado todavía la fama de su divisa. Al primer enemigo lo toreó de capa Rafael, oyendo aplausos. Con la muleta comenzó torero y se metió en lo vulgar al apreciar que el de los cuernos no se dejaba torear.

A cuello vuelto largó un pinchazo en mal sitio, levantándose indignados los protestantes. Después logró media delantera, metiendo el brazo habilidosamente. El público silbó al torero y comenzaron las voces de "que se vaya".

Debemos consignar, para ser justos, que al comenzar estas dos corridas se vió en el torero deseos de complacer.

Al terminar la lidia del cuarto toro, de Campos, se retrajo y apenas intervino en los tercios de los dos que quedaban por matar. A eso no hay derecho, Rafael, porque si bien es cierto que siempre hay en la Plaza asalariados o intransigentes que van a molestar, también allí va mucho público sensato que desea admirar a los que saben torear; ¿y quién puede dudar que Rafael es un gran torero?

Dos días después volvió a salir para entenderse con toros del marqués de Saltillo. A su primero le puso un buen par, cambiando los terrenos, y luego medio delantero. Su hermano cambió un gran par. Rafael con la muleta estuvo regular, pero con el estoque dió tres pinchazos y media delantera, oyendo de todo.

El sexto llegó quedado y mansurrón, y aunque estuvo cerca con la muleta no lució porque el bicho se defendía en tablas. Dos malos pinchazos y media muy delantera remataron la labor.

Al siguiente día mató dos toros de los herederos de D. Esteban Hernández.

Al primero, que llegó manso y defendiéndose en tab'as, le dió dos pinchazos malos y media delantera; al cuarto lo toreó muy bien de muleta, particularmente en su primera parte, y lo mató de una corta en lo alto, decidido a sacarse la espina. Fué ovacionado porque resultó la estocada de la tarde, en una tarde en la que alternaban con él dos diestros que si tienen algún nombre es por ser decididos con el estoque.

Así es el hombre: genial, como todo artista; "¿hoy espera la afición ver estocadas en lo alto de los morrillos administradas por los que conmigo salen? Pues allá voy yo por ellas."

El día 30 contendió con toros de Murube y escuchó de gran parte de los espectadores enérgicas protestas por la forma de entrar a matar en el primer enemigo, que dicho sea de paso era un toro incierto que tenía la cabeza algo descompuesta y embestía tirando cornadas por ambos lados.

No era toro que ofrecía, sin embargo, grandes dificultades, pero tampoco fácil, ni mucho menos.

Era un enemigo muy a propósito para sacar partido de él los toreros de facultades, de piernas, pero dificultoso en extremo para los que carecen de este don de Naturaleza. José hubiera estado admirable, bien Vicente Pastor y muy mal Belmonte. Son toros que desacreditan porque no son criminales, y sin embargo no se dejan torear ni permiten que el matador se coloque. Sólo el que como

José tiene piernas, puede llegarle, empapando, consintiendo y sujetando, y sin estorbos a su alrededor.

No es esto habilidad para justificar a Rafael en su desdichado trabajo, sino una débil explicación de lo que era el toro y es el torero. Rafael no puede tener disculpa cuando, receloso, entra a matar a paso de banderillas y con el brazo suelto; en esta ocasión se descaró para dar un pinchazo y media delantera y caída.

Sobre él cayeron algunas almohadillas, entre la protesta del público. La protesta está bien; no cabe hacer otra cosa con el diestro que así trabaja; pero eso de los almohadillazos no debe pasar en silencio, porque si volvemos a los tiempos de las agresiones contra un hombre indefenso, sería cosa de pedir hasta la supresión del espectáculo. Salvajadas, no; ni contra el *Gallo* ni contra torero alguno.

Hubo revistero que condenó el procedimiento; otros se limitaron a consignar hechos, y algunos, al reseñar, parecía que aprobaban la agresión por la frialdad de sus escritos.

Recuerdo que a *Bombita* le dieron un almohadillazo una tarde de mayo toreando miuras. Fué una faena desdichada, horriblemente mala, y en una huída, al parar en seco, porque el toro no iba detrás, se lastimó una pierna. Cuando en brazos de los "monos" era llevado a la enfermería recibió la

agresión, entre la general protesta del público, que no creyó que iba el torero lastimado.

El autor de la salvajada fué detenido; la autoridad le impuso una multa de 500 pesetas, y los cronistas se destaparon en sentimentalismo al consignar lo ocurrido.

Por primera vez la protesta escrita contra las agresiones tomó gran revuelo, y en mucho tiempo se notó en el público gran reacción en sus costumbres, hasta el extremo de que un individuo del tendido 8 fué llevado a los Tribunales porque tardes después a la que fué *ofendido Bombita* le tiraron al *Gallo* algunos almohadillazos, no toreando, sino por la interpretación equivocada de unas frases del torero.

Ahora parece que la agresión va a tomar nuevamente carta de naturaleza y no observo grandes deseos de evitarlo, quizá porque se trate de este torero, que, vencedor un día, dejó humillados a tantos apasionados del bombismo.

Sepa el público que en los odios taurinos llegan algunos hasta lo inverosímil y consideran lícitos actos punibles cuando van dirigidos a un diestro por el que sienten deseos de venganza. Tan es así, que la mala fe de estos insensatos no la concentran sólo en el diestro, sino que la extienden hasta sus admiradores.

Esa agresión a *Bombita* en la referida tarde que dejó consignada me la atribuyeron a mí en letras.

de molde, a sabiendas de que mentían, pues de todos fué sabido que el autor pasó detenido a la Dirección General de Seguridad. Pero se presentó una ocasión para *destaparse*, y liándose la manta a la cabeza, sin decoro profesional, sin respeto a la honorabilidad del compañero, tiraron la puñalada por la espalda con el piadoso fin de inutilizarme. Así *servían a Bombita*. ¡Qué miserables!

De los que tal proceden, ¡qué puede esperarse! Por eso no me extraña que ahora la protesta la formulen con cuentagotas, y que al reseñar la corrida no consignasen que Rafael salió al ruedo con fiebre alta y molesto por una inflamación que le restaba facultades. No debió torear porque el público no le obligó a salir, ni tienen por qué tomar en cuenta los espectadores las condiciones de salud en que se halle el lidiador; pero conste, o mejor dicho debe constar, que el 30 de mayo salió a torear Rafael en Madrid con treinta y nueve grados de temperatura, motivada por una irritación inguinal, derivada de su enfermedad a la vejiga, enfermedad que le hizo perder algunas corridas.

Esa tarde del 30 mató al cuarto toro, que era de Olea, de media estocada en lo alto entrando muy bien.

Y esta fué la labor del diestro en las corridas célebres del mes de las flores en la capital de España.

No hemos visto en él los destellos de su arte

soberano, de esa ejecución admirable que le dió fama y que hace olvidar sus tardes malas. No ha encontrado en esas corridas ganado a propósito para la *faena grande* que siempre esperamos de él, porque en el reparto no tuvo suerte, y, sin embargo, en las primeras corridas se le apreciaron ganas de complacer, deseos de agradar, estrellándose ante la mansedumbre del ganado, que no le permitió tirar de repertorio. Mató dos toros muy bien; el cuarto, de los herederos de D. Esteban Hernández, y el cuarto, de Olea, en la última corrida. Antes de atacar, ya los enemigos hacían acto de presencia con sus protestas.

Ya vendrá nuevamente para que rompan los pitos.

Mazzantinito

El torero del barrio de Pozas, unas veces por *fa* y otras por *nefas*, no sale del punto donde se encuentra desde hace ya varios años.

El pasado tuvo un éxito loco en la Plaza madrileña matando un toro magistralmente la tarde de la despedida de *Minuto*. Por la hermosa faena el público pidió para el madrileño la oreja del enemigo, y le fué concedida. El diestro, visiblemente emocionado, recorrió el ruedo triunfalmente, re-

cogiendo los aplausos, y cuando se retiró al estribo, la emoción por el justo homenaje le hizo llorar.

Parecía que en aquellas horas se resolvía a favor del diestro el pleito enojoso de su soñado triunfo. Era natural que los ecos de la ovación tributada al bravo madrileño repercutieran en provincias, y así fué en efecto, porque a los pocos días toreó en Sevilla, después en Bilbao y más tarde en Castro-Urdiales, pasando de allí a Mérida para inaugurar la hermosa Plaza.

El primer toro de la corrida le dió una cornada y otra vez la marcha del diestro se detuvo ante la desgracia; porque está probado que una herida recibida en estos momentos decisivos retrasa el camino que el torero recorre con ánimos de alcanzar la meta, y lo empuja de nuevo al punto de partida.

Tomás no es hombre de suerte; la fortuna no le facilita el camino ni a su loco impulso adelanta; es hombre que hace en el toreo la guerra de trincheras y para alcanzar una en el frente tiene que hacer esfuerzos inauditos.

Mazzantinito se ha jugado la vida muchas veces; su cuerpo está lleno de cicatrices, condecoraciones ganadas en el campo de batalla, y a pesar del castigo que los toros le impusieron, muchas veces se muestra bravo y decidido, buscando otra cruz.

Por si esto no fuera suficiente, el último invierno tuvo una visita desagradable que no la desterró en mucho tiempo; una enfermedad de las que entran por kilómetros y salen a milímetros, una enfermedad que resta energías y se lleva en el delirio de la fiebre las ilusiones.

Tomás salió enfermo a torear el día 23 de mayo toros duros de Urcola. En la cara del lidiador se notaban las huellas de la traidora enfermedad. A todas luces era para el muchacho un mal debut, porque las reses que estaban encerradas pedían energías en los toreros que hubieran de contender con ellas, y Tomás iba en condiciones de extrema debilidad, agotado de fuerzas. Sin embargo, estuvo bien. Al primer toro, cárdeno y bien colocado de defensas, que llegó reservoncillo al trance final, lo aliñó de muleta brevemente y se metió recto al volapié, jugando los brazos con maestría y cobrando media estocada en las agujas, de la que murió el toro rápidamente. El torero fué ovacionado.

Al cuarto, mal picado, mal banderilleado y sometido en conjunto a una lidia infernal, por lo que llegó defendiéndose a la muerte y con la cabeza alta, lo encontró Tomás con muy pocas condiciones para sacar partido de él, y para tumbarlo tuvo que hacer el matador seis viajes, encontrando siempre huesos y apreciando que el de los cuernos se quedaba. Por fin un descabello llegó oportuno para lograr que las mulillas entraran en funciones.

En el sexto, un toro muy bravo que había hecho gran pelea, no estuvo bien Tomás, y fué lástima, porque esos toros bravos que por su lucha franca impulsan a los entusiastas espectadores a ovacionar calurosamente al ganadero, van unidos a la historia del torero.

Era un cárdeno que en varas se arrancó siempre de largo en el mismo tercio. Tomás con la muleta no hizo nada, y con el estoque dió dos medias estocadas delanteras y desprendidas que no lograron merecer la aprobación del soberano.

¡Lástima grande, señor *Mazzantinito*, porque había material en el toro para haber construído un hermoso edificio! Otra vez será; pero conste que cuando a un toro puede corrérsele la mano, ceñirse y mandar, y no se hace por codillear, obligado por la bravura del bicho, la gente cree que el diestro no sabe, que es inhábil, que duda ante la bravura, y como la bravura de los toros descubre a los toreros defectuosos, el diestro pierde categoría y no logra avanzar en su carrera.

Ese sexto toro de Urcola sale pocas veces, así como el quinto y el séptimo saltillo de la corrida de los ocho, y cuando sale es necesario justificar que por algo se tienen pretensiones y que por algo se quiere adelantar.

Para mí tiene disculpa Tomás. La enfermedad invernal, que le restó facultades y ánimos, le pone

a cubierto. En pleno dominio de energías, su trabajo con aquel bravo toro hubiera sido imperdonable.

Regaterín

The Kon Leche ha popularizado el madrileñismo de Antonio Boto. Su capa bordada, su amistad íntima con el cantor de los barrios bajos y los costurones que luce en la cara, delatan la majeza de la raza que luchó el 2 de mayo contra los súbditos de Pepe Botella.

Descendiente de una familia de toreros, heredó el remoquete para sostener el pabellón, y allí, en el más elevado minarete del edificio *Regaterín*, tremola el gallardete que colocó Antonio, dejando al trepar para ganar la altura raudales de su sangre brava.

Bien está; pudo ser el ídolo de los madrileños, el torero de la región; pudo ser el amo del ascensor muchas veces; pero siempre que bordeaba los límites de la popularidad, de la fama, un toro desgarraba sus carnes y lo detenía en su carrera.

Antonio Boto, cuando pasen los años y su cabeza esté cubierta de nieve, lucirá todavía por las calles madrileñas su capa bordada, su trenza peinada coquetonamente, sus cicatrices de bravura, e irá

derrochando frases castizas al oído de las menuditas hijas de los barrios bajos, que lo mirarán con veneración y lo escucharán con agrado.

A su lado, coloradote y rechonchete, verán las hijas de los chisperos a un viejecito pulcro, con capa airosa, muy amigo de la *señá* Nemesia, de la Primi y de Gorgonio el ebanista.

Antonio Boto *Regaterín* obtuvo el pasado año en la Plaza de la carretera de Aragón el honor de ser *orejado*; muchos vieron en la concesión un exceso de cariño; otros consideraron la ofrenda como pago al valor derrochado en épocas lejanas, y algunos contertulios del Lyon D'or se sonrieron *levemente*, como si estuvieran en el secreto.

A nosotros no nos pareció mal el galardón a diestro madrileño, porque una oreja más qué importa al mundo.

Estas concesiones de orejas están justificadas cuando los diestros llegan en la ejecución a lo sublime, cuando hacen lo que otros no pueden igualar, y siendo extraordinario su trabajo parece lo natural que el premio también lo sea; pero *vulgarizando* la concesión, ¿qué importancia ha de tener el cortar una oreja?

La oreja concedida al diestro José de Lara *Chicorro*, la primera oreja madrileña, fué justísima, fué legítimamente ganada, porque el diestro llegó a lo sublime, a lo extraordinario, a lo que entonces

nunca se había hecho ni se hizo después en muchos años.

Saltó con la garrocha, toreó de capa, banderilleó, toreó muy bien con la muleta y dió muerte al enemigo de una gran estocada recibiendo. Esto fué un verdadero alarde, porque en aquella época se toreaba de capa a contados toros; alguna que otra vez cogía el matador las banderillas, y la suerte de recibir se practicaba muy pocas veces, lo mismo que hoy.

Ni *Lagartijo*, ni *Frascuero*, ni *Guerrita*, ni *Mazzantini*, ni el *Espartero*, ni *Reverte*, ni *Bombita* (Emilio) lograron esa distinción y no podemos creer que estos toreros no tuvieran tardes buenas en la Plaza madrileña.

Se rompió el hielo con Vicente por la muerte del toro *Carbonero*, y desde aquella tarde los machaquistas pensaron en glorificar al cordobés.

Concedido el premio, surgieron los bombistas y detrás los admiradores de Rafael el *Gallo*.

Ya las *estrellas*, los cuatro ases tenían la distinción auricular, y quedaron todos contentos; pero retirados *Bombita* y *Machaquito* y dentro del gran cuarteto Joselito y Belmonte, se imponía el homenaje a los últimos, llegando para el Benjamín de la casa Gómez Ortega tal distinción por ramilletes.

En los intermedios, *Cocherito* obtuvo una oreja afrancesada, *Mazzantinito* una de simpatías y *Re-*

gaterín otra de amistad sincera, que tan sólo oreja de amistad fué la concedida a Antonio Boto.

Mas como este asunto ofrece interés, estudiado detenidamente, lo dejaremos para otra ocasión, y llevemos a *Regaterín* frente a los dos de Urcola, que le correspondieron en esta su primera corrida del año.

Me gustó Antonio Boto en la lidia que a sus dos toros dió.

Estuvo activo, torero, adornado y serio. Metió bien el brazo en ambos enemigos y agarró los altos. Cada toro murió de media en las alturas, y *Regaterín* fué justamente ovacionado. Consignemos que en el quinto toro, magnífico ejemplar de tipo, bravura y nobleza, Antonio entró desde algo lejos, saliendo empujado por la cara; y que en el primero suyo se vió achuchado al rematar un pase.

Quedó bien. Una buena tarde para el sobrino de Tomás Recatero, el superviviente de los tres hermanos de aquella dinastía que estuvieron a las órdenes de *Frascuero* y *Mazzantini*.

Aun hay patria.

Bienvenida

El día 30 de mayo toreó y dió muerte a un toro de Saltillo y a otro de Olea. En esta única corrida

puso de manifiesto que no llegó de Lima decidido a estrecharse con los toros ni a demostrar que de aquellas dos cornadas que lo detuvieron en su marcha triunfal no se acuerda.

Bienvenida estuvo indeciso, y teníamos el deseo de decir lo contrario cuando pensamos en escribir estas páginas, porque el muchacho tiene simpatías, y aun cuando no lo tratamos, sabemos de buenas referencias que es un hombre digno de la estimación de todos.

¡Qué lástima, *señó* Manuel, haber desperdiciado tan bonita ocasión! ¡Murubes en Madrid y con los hermanos *Gallo!*

Era un cartel preparado para recorrer en dos horas un camino de cuatro años. No sé si en otra ocasión podrá reunir tan buenos elementos a su alrededor; pero si la fortuna lo quisiera y de nuevo la dejara marchar sin dar el pecho, bien puede creer que había llegado el momento de buscar otros medios de vida.

Me entristece la situación de este torero, que tuvo el pie derecho en el último peldaño que da acceso a la plataforma de la fama. Si Mejías sale victorioso de aquella corrida de seis toros de Trespalacios ni hoy tiene miedo, ni estaría en segunda fila y quizá cobrando 6.000 pesetas por corrida.

He sido uno de los que creyeron que no se le hacía justicia excluyéndole del cartel de abono; mas hoy callaría ante la determinación que la Em-

presa tomara, ya que el torero no quiere salir de la peligrosa pendiente en que se ve colocado.

Es cierto que sus enemigos la tarde del 30 de mayo fueron dificultosos; pero es igualmente cierto que el matador no se confió ni hizo por atraerse a los aficionados, que estaban bien predispuestos a su favor.

Así no es posible ganar terreno, y dada su situación actual y lo distraída que está la afición con otras figuras de gran relieve, los retrocesos son rapidísimos, definitivos, de muerte, porque hoy en las tardes que actúan esos grandes toreros se ve muchísimo bueno, maestro, extraordinario. Hoy lo corriente, lo vulgar, es malo, y lo malo que se hace es mortal de necesidad.

Fijese si no en el bajón tan rápido que dieron *Cocherito* primero y luego Paco Madrid.

Bienvenida empleó para matar al primero dos pinchazos desviándose de la recta y media atravesada. Descabelló después de varios intentos y escuchó un aviso. Al quinto lo mató de una atravesada buscando el alivio. Se hizo pesado al descabellar y el público lo tomó a broma.

A su primer toro le dió varias verónicas no despreciables y al otro lo banderilleó previa preparación fatigosa, porque el murubeño no reunía condiciones para el lucimiento.

Y ésta fué la labor de *Bienvenida* en la corrida que toreó en mayo. Si mi voz llegara hasta él y

pudiera influir en su ánimo, le aconsejaría que se arrimase al toro, porque sabe los secretos del arte, y el que sabe debe llegar si deja a un lado recelos y preocupaciones. No todos los toros hieren, y esos que se dejan torear deben proporcionarle los medios para atender a sus pequeños hijos, que entre otras cosas deben heredar el nombre de un buen torero, no el de un fracasado en la edad más vigorosa y lozana de la vida.

¡Animo, pues; arriba, caballo moro!

Vázquez

Ya tenemos al torero alcalareño en la Plaza madrileña.

Curro Martín Vázquez, con su fama de matador, con su estilo de estoqueador fácil, sostiene un cartel muy apreciable.

Ni es tan fiero el león como lo pintan ni esas orejas de provincias pueden tomarse en cuenta, porque luego el hombre viene a Madrid con la esponja en la mano, y aunque no borra de un golpe todo cuanto el telégrafo dice que por ahí ejecutó, obteniendo grandes triunfos, quita por lo menos algunos renglones.

Bien sabe Dios que yo lamento que sus éxitos no sean tantos ni tan grandes, porque hacen falta matadores fáciles de buena escuela que den gusto

a los aficionados seriecitos, a esos que llaman *varietés* a los mil caprichos artísticos de la florida escuela sevillana.

Sabe Curro Vázquez que todavía andan por esos mundos aficionados que prefieren un segundo de emoción intensa a veinte minutos de lidia alegre, pintoresca, castiza, genial, de tonos vivos, de policroma ejecución, diversa, caprichosa, sugestiva, de paleta.

Sabe Vázquez que hay quien se *pirra* por la gravedad del diestro que en quites sólo practica la media verónica y no vuelve a emocionar hasta que da el hombro para meter la *espá* en lo alto, si puede; porque se da con frecuencia el caso que esos estoqueadores famosos también se quedan solos pinchando y faltando a la reunión; pero en fin, de gusto no hay nada escrito y está probado que hay quien prefiere un plato de judías con chorizo a un faisán preparado con todos los refinamientos del arte culinario. Es cuestión de paladar y de sanos *principios*.

Curro Martín Vázquez no borrará toreando las glorias de *Guerrita*, pero de él esperamos que meta el acero hasta las guarniciones. Si así lo hace, Dios se lo premie; si no, El se lo demande.

Contendió el día 11 con dos toros de Veragua. Su primero conservó la cabeza alta a la hora de morir y tenía además las intenciones de un gato. Lo aliñó como pudo y le dió un pinchazo y una

delantera, que es sitio cómodo. Al quinto, des-
arrollado de alfileres, le colocó el estoque en lo
alto, previo trasteo de muleta muy breve.

Escuchó la ovación correspondiente, y se mar-
chó dejando su cartel tal y como lo tenía, con algu-
nas arrugas, pero en buen estado.

Y hasta que Retana lo llame de nuevo.

Malla

Después de torear la temporada de Lima llegó a
España con el envidiable cartel de haber armado
una revolución.

Ya sabemos que las revoluciones en América
están a la orden del día y que cualquier cabecilla
seguido de un puñado de hombres puede pronun-
ciarse y enarbolar el pabellón de rebeldía, logran-
do algún relieve; pero nosotros dudamos de las
proezas de Agustín, porque sabíamos que ni aun
el puñado de hombres le seguía, porque la cuadri-
lla la dejó en España.

Regresó de Lima desembarcando en Barcelona
después de un mes de navegación, y apenas sin
limpiarse el polvo del viaje se vistió de torero en esa
capital, quedando *como las propias rosas*.

No somos por acá muy crédulos ni damos gran
beligerancia a los hilos del telégrafo, pero quiso
la casualidad que oyéramos hablar de esa corrida

a un famoso torero y al referir lo que *Malla* hizo con los toros, tuvo para el vallecano grandes elogios.

—Pa mí toos los compañeros son güenos y lo que hasen me parese de per as, pero... vamos, a ese muchacho le he visto una sortura y unas mañas... que no es una cosa cuarquiera.

—¿De modo que hay clase? —le replicamos.

—Hay un mataó e toros y un torero que ni le estorba la capa ni la muleta.

Con este aperitivo fuimos a los toros el día 16, sexta de abono, llevando la ilusión de ver al diestro de Vallecas algo extraordinario, ese algo que obliga a decir a los aficionados «ese torero llegará».

No quiso la fortuna que sacásemos tan grata impresión, antes al contrario, formamos de él un juicio definitivo que le perjudica. Todos al apreciar su trabajo pensamos, «este muchacho no adelanta», y así era en efecto, porque el diestro estuvo poco decidido, sin seguridades al ejecutar, sin dar una nota que revelase conocer las condiciones del enemigo, que es el punto esencia! que inicia el avance.

¿Es que a *Malla* le causa pavor el severo e inteligente público madrileño? Bien pudiera ser; mas si esta fuera la causa de su torpeza, debemos confesar que el atolondramiento le brotó al tomar la alternativa hace varios años en la Plaza de los Ca-

rabanchales, lugar muy próximo a la casa de salud del Doctor Esquerdo, porque aquí en la Plaza de Madrid y en su época de novillero, toro que le unía las manos, no tardaba un segundo en poner las pezuñas a la intemperie.

Pero matar novillos no es lo mismo que matar toros; éstos empujan con fuerza, aquéllos son más suaves, más ligeros, tienen menos poder, y no es igual recibir las caricias de una nena que someterse al abrazo de una viuda histérica de treinta primaveras.

La Plaza madrileña sí le infunde miedo a los toreros; pero un matador con cuatro años de alternativa debe llegar a ella en el pleno uso de sus facultades, sin preocupaciones de ningún género y dispuesto a practicar con el toro todo lo que sepa. Lo que ocurre es que la suficiencia tiene un límite, que la inspiración del artista llega a un punto del que no puede pasar porque su temperamento no da más de sí; y cuando todos creemos que el torero se sitúa en el punto de apoyo para avanzar, resulta que el diestro ha llegado al máximo de su poder, y de allí no lo sacan ni consejos, ni libros; ni corridas, ni toros escogidos a la medida.

Dió todo lo que pudo su elasticidad artística, y desde aquella hora lo que puede ocurrir es que su poder, su valor y sus condiciones vayan encogiendo hasta que la cinta de su suficiencia vuelva a su estado natural.

Por esto es muy corriente oír en asuntos taurinos «¡qué lástima de muchacho, se ha quedado en nada, cuando pudo ser mucho!» No, eso no; fué lo que pudo ser, y si no llegó a más únicamente sería porque sus condiciones de lidiador estaban limitadas a esa altura.

Habrán casos excepcionales; por ejemplo, Antonio Montes y Rafael Gómez *Gallo*, que siendo grandes toreros estuvieron mucho tiempo estacionados y casi hundidos; pero no fueron los toros ni los públicos los causantes, fueron otras causas, en las que influyen la malicia mezclada con la habilidad; pero si Antonio Montes vuelve de América, hubiera ocupado en el toreo un puesto de primera fila, lugar que legítimamente le correspondía.

De Rafael, no hablemos; dió el estirón artístico, y con el estirón, un seguro espolonazo en la nuca del perturbador.

Pero *Malla* no tiene enemigos; después de solventar su pleito con Mosquera ha venido a Madrid muchas veces y nunca nos ha demostrado con su trabajo los éxitos provincianos.

Por eso sospecho que Agustín ha llegado al punto límite. Si fuera así, puede creer el serio torero de Vallecas que lo sentiría por él.

Con los toros de los herederos de D. Esteban Hernández no hizo labor plausible. A su primero lo toreó algo distanciado y lo mandó lejos del

mundo de media estocada pasada, que fué aplaudida sin calor. Al otro lo toreó de muleta, embarrullado, encerrándose en un terreno peligroso e innecesario. Dió media delantera, otra media alta y un descabello.

No gustó; de él esperábamos dos buenos volapiés y como no pudo, no supo o no quiso, su trabajo cayó en la indiferencia.

Hay que hacer más exponiendo algo, si quiere seguir caminito arriba.

Freg

Un torero mejicano de valor positivo, de valor natural, sin habilidades para encubrir recelos; sin recelos para dar el pecho como matador. Es un torero Miguel Freg que cuando sale al ruedo va dispuesto siempre a dar todo lo que lleva dentro, y lo que lleva es una valentía sin límites, que lo impulsa a ejecutar cuanto en el arte de torear se hace.

Claro es que a la valentía debe unirse siempre el conocimiento de la res para evitar serios encuentros, porque en el desafío entre torero y toro el hombre lleva la peor parte si en la contienda se confía a su valor solamente.

Freg es valiente y cada año sabe hacer más con los toros, pero en su deseo de llegar pronto a la

primera línea pisa terrenos muy comprometidos de los que sale algunas veces con trágica violencia.

Si los toros quisieran respetarlo es seguro que pronto habría en el palenque un buen matador.

A juzgar por los hechos parece que Luis se sale de lo que es corriente en los matadores de valor. Las cogidas no le preocupan y abandona la cama más decidido que al entrar en ella con la herida abierta por donde manó sangre a caño libre.

Torea cada vez más y se ciñe al ejecutar como un cinturón de goma al cuerpo, llevando el susto a los espectadores mientras él tan fresco continúa haciendo lo que sin duda ensayó horas antes frente a un armario de luna o con el toro de mimbre de Paco Frascuelo, que dicho sea de paso sigue el citado bicho artificial tan noble y boyante como el primer día.

Pero como no todos los toros, señor Freg, van dirigidos a capricho por la mano del hombre, es necesario que confíe menos al armatoste y se fije algo más en los mil impulsos del *toro vivo* para ir encajando su toreo apreciable a las condiciones del bicho poderoso a fin de evitar tropiezos.

Dicen los viejos aficionados que por las heridas se marcha la sangre brava, y que la que llega a sustituirla entre fiebres y delirios no tiene la fuerza en el coraje de la que se fué.

Procure Luis conservarla; se consigue fijándose mucho en el toro.

La Empresa madrileña contrató al mejicano para el abono porque llegó hasta ella el pasado año los clamorosos éxitos que obtuvo el diestro en las 23 corridas que despachó en la temporada.

No vino Freg al abono por recomendaciones ni por habilidades del reclamo. Llegó por sus méritos propios, por su valentía positiva, y salió dispuesto a demostrarlo en la hermosa corrida de los toros de Urcola; que toros de cabeza no le asustan al diestro desde que en Córdoba mató uno de Sotomayor con dos aspas de molino por pitones.

Vamos a ver lo que hizo este hombre valiente en la corrida de los Urcolas.

A su primero, tercero de la tarde, de mucho poder, aunque escaso de bravura, no lo pudo torear de capa porque se le quedó en los vuelos al primer embite.

Quedadote y desafiando llegó al último tercio, y Freg, aunque le extendió la franela para hacerlo pasar, el cornúpeto dijo que nones, limitándose a cornear sin adelantar un palmo.

Freg aprovecha una igualada y se mete despacio a pinchar, y como el toro no adelantaba ni por sueño, espera la llegada del diestro, empitonándolo por una pierna. Le tiró un viaje y se lo cambió al otro maüser; después lo arrojó al suelo buscándolo allí, pero la gente acudió con los engaños y vimos levantarse a Luis con el calzón hecho polvo y con los pelos desordenados.

Un pañuelo arregla el desaguisado; hubo nuevos muletazos sin descomponerse el diestro, y en nueva entrada de verdad, hundió el acero en el lado contrario de puro atracarse.

Esta vez entró ligero como pedía el astuto bicho, que quería hacer chicha sin salir del domicilio.

Herido de muerte el bruto, aun conserva ánimos para molestar, y en un muletazo de requiem que dió Luis, se le arrancó con ánimo de estropearle el depósito de los garbanzos cocidos.

Al sexto, que era un cárdeno muy bravo, lo toreó de capa en forma emocionante. Entre los lances que ejecutó valiente le vimos unos, mezcla de tijerillas y navarras, muy primorosamente instrumentados.

Cambiado el tercio cogió los garapullos y citando cambió un par caído por marcar la salida con exceso. Vuelve por otro par; cita, se coloca en buen terreno viéndolo el toro, pero como le adelantó unos metros en carrerilla, terreno del enemigo, éste tropezó con él en su viaje natural, empi-tonándolo horriblemente por la pierna.

En brazos de los monos marchó a la enfermería. La herida tiene importancia, porque del examen médico se le apreciaron dos trayectorias que si no ponen en peligro la vida del diestro es de curación más laboriosa.

¿Cómo quedó el cartel de Luis Freg? A buena

altura, pero creyendo la afición que estos contra-tiempos serán frecuentes mientras el diestro atienda sólo a "querer lucir", sin preocuparse de los terrenos del lidiador.

Fué lástima; Luis en este toro, si le salen las cosas bien, arma el escándalo; y también es posible que toreando de muleta o al matar le hubiera echado mano el toro.

De los toreros de emoción todo se espera; o una gran faena o una cornada mortal.

Mi deseo está en que logre siempre lo primero.

Paco Madrid

Un matador de toros que cierra la temporada con 49 corridas y a la siguiente merodea buscando un contrato, es que estuvo colocado en un plano superior al que le correspondía o que ha dado un bajón enorme en sus procedimientos de hacer.

Yo creo que Paco Madrid no hubiera llegado nunca tan alto si aquel novillo-toro de Concha y Sierra que mató cerca de la puerta de arrastre hubiera *arreado pa adelante* en vez de encogerse al sentir el estoque en los morrillos. El matador encontró el paso franco al hundir el acero en lo alto y siguió el camino sin detrimento de su virginal pureza. De ahí su fama de matador fácil en esta

época de impresionables, pero luego el torero ha venido demostrando que un pleno se acierta una vez, dos, pero que por regla general, en el juego de azar, lo corriente es perder.

Paco Madrid ha perdido sin salir de la sala de juego el capital que hizo acertando varios plenos en una racha de la fortuna, y aunque jugando pretende arropar ese *pleno* con *caballos, tresillos y líneas* (reboleras, gaoneras y serpentinas), es lo cierto que el banquero le está echando la contraria hasta que logre arruinarlo.

Bien quisiera que el malagueño, tomando en serio lo que le indico, se limitara a perfeccionar su estilo de matador, ya que tiene estatura para ello, y dejarse de adornos que no los domina y de clasicismos que no siente. ¿Lo suyo es matar? Pues a matar, noble amigo; porque siguiendo así, echándose el capote a la espalda, está expuesto a volver a los Andaluces para alimentar a pala las bocas infernales de las de doble y triple expansión.

Usted es de los *serios*, de los de un segundo de emoción.

Dos toros de los herederos de D. Esteban Hernández mató el día 16.

A su primero lo mató de cuatro pinchazos muy medianos por arquear el brazo con exceso. Después dió un estoconazo contrario muy feo.

En el otro ni le llegó con la muleta ni gustó con

e estoque, y el público tomó la cosa a broma, como era de esperar.

Dicen muchos: «éste no es Paco Madrid». Sí, ese es Paco Madrid. ¡Si no hubo otro!

Celita

Alfonso Cela posee como matador de toros un buen estilo y además no le estorba en la mano la capa ni la muleta. Cuando sale un toro franco, el diestro de Galicia recriado en Madrid sabe manejar la franela con lucimiento.

No es artista del toreo *Celita*, y sin embargo, con un toro suave y noble se estira y luce, prueba evidente de que con el toro franco hay muchos toreros. Lo difícil, lo raro y extraordinario, es sacar partido de un manso difícil, como es difícil para los que dominan poco saber desembarazarse con arte y lucimiento de un toro muy bravo y muy nervioso.

Celita no es la negación del arte, como he oído decir con extraña ligereza; está en el toreo en un lugar secundario, pero es muy apreciable como matador fácil.

En el mes de abril toreó y mató en nuestra Plaza un toro de Medina Garvey, sin que pudiera rechazarse un punto de su trabajo. Naturales, ayudados, de pecho, molinetes, algunos con rodilla en

tierra, en fin, el repertorio grande. Para remate, hi-
rió bien y escuchó una ovación grande.

Con esa aureola se presentó el día 2 de mayo para matar dos toros de Trespalacios, pero rechazó uno de ellos el soberano, y tuvo que entenderse la con otro de Medina Garbey. Fué un pájaro el bicharraco; manso, reservón, traidor, haciendo arrancadas peligrosas y defendiéndose donde podía.

Ceja, dentro de lo que es el diestro en sabiduría taurina, se mostró valiente y aguantó algunas tarascadas peligrosas, siendo auxiliado por Joselito, que en una ocasión dió tres o cuatro capotazos que cambiaron en unos tantos a favor de *Celita* las malas condiciones del cornúpeto. Alfonso dió dos buenos pinchazos altos y luego media desprendida; fué aplaudido.

En el quinto estuvo muy movido con la muleta porque el toro achuchaba por ambos lados; pero en cuanto le unió las manos se metió derecho el diestro, cogiendo una estocada un poco ida.

Hubo ovación y vuelta.

Once días después, y en la Plaza de Valladolid, un toro del Marqués de Llen lo mandó al hule con una cornada de consideración.

Mucho me alegraré que al aparecer este librito en el mundo esté ya por esas Plazas dando juego el diestro *Celita*.

No olvide Alfonso que alcanzar hoy un puesto

de matador no es muy difícil. Por él hacen oposiciones Vázquez, *Malla*, Madrid, Freg y el torero de que ahora nos ocupamos.

El que mejor sepa el tema, si le acompaña un poquito la suerte, obtendrá la cátedra.

Todos los opositores, excepto Paco Madrid, están bien calados por los toros.

Es cuestión de corazón.

Joselito

Sin la pretensión de actuar de profeta, dije cuando apareció en la Plaza madrileña este maestro del toreo, *que estábamos frente a un caso extraordinario de precocidad artística*. Joselito, la tarde de su aparición, se reveló como un torero hecho, completo, dominador, artista, enterado, como si aquella tarde hubiera sido el vigésimoquinto aniversario de su actuación con toros grandes.

Toreó de capa jugando los brazos con gran maestría y recogiendo con vista en los vuelos del capote; banderilleó al cambio y de frente con igual seguridad que hoy lo hace, toreó de muleta mandando y castigando y metió el acero en las agujas, entrando recto a matar.

Además, en aquel su primer toro dió un cambio de rodillas tan ceñido, aguantando en forma tal, que cuando el toro cambió la dirección de su via

je engañado con el capotillo del niño maravilloso, el público se levantó del asiento como impulsado por un resorte, y tributó al lidiador una ovación entusiasta y duradera.

En las novilladas siguientes confirmó su triunfo y confirmó su gran conocimiento de los secretos del arte; pero ya le había salido la erupción de la envidia y procuraron restarle méritos. ¡Empresa vana! Un toro de Miura que mató recibiendo levantó gran polvareda entre la crítica moderna y fué la mordaza eficaz para tantos inconscientes declarados en rebeldía.

Llegó la a ternativa, y herido como estaba echó fuera aquel año 19 corridas.

Al empezar la temporada de 1913 me permití decir en *La Verdad Taurina: Este niño será dentro de un año el amo del toreo. Bombita y Machaquito* decidieron marcharse, y creo que hicieron bien, particularmente el primero, al que le aguardaban muy malos ratos, como pudo apreciar en San Sebastián.

En 1914 perdió dos meses de actuación por heridas sufridas. No obstante, toreó más que diestro alguno.

No creo que hoy, año de 1915, pueda dudar alguien que en sus manos está la clave del mundo taurino. Es natural que así sea, *porque joselito es el torero que sale cada cien años*. No es posible llegar a más, ni torero alguno llegó a su altura desde que se inventó el arte de torear.

¿Tiene enemigos Joselito? Sí, los tiene, muy pocos, pero esos pocos son tenaces, incon vencibles, ensañosos: pero como los cimientos donde se apoyan para lanzar sus dardos venenosos son falsos, son artificiales, la opinión no toma en cuenta sus juicios ni les hace caso.

Por entrar a matar *Gallito* con la mano alta, tranquilo que es defecto, pero que no obliga a desviarse de la recta, le criticaron con dureza, procurando entibiarle sus grandes faenas. Arraigó el defecto marcado, porque, en realidad, era defecto; mas este año, que al muchacho se le ha visto deseoso de corregir ese tranquilo y monta la espada como debe montarse, nada han dicho los criticastros de oficio, limitándose a consignar los pinchazos. ¡Es natural que pinche más, angelitos inocentes, porque como abandonó el tranquilo, mientras coge la muerte de los toros ha de estar algo inseguro! Pero también ha demostrado en las últimas corridas que logró su deseo, y en la actualidad mete alto el acero, llevando el brazo a la altura debida.

¡A la altura debida! ¡Cuántos engaños hay en este asunto del toreo! No se ha levantado la voz para señalar ese defecto en otros diestros, y, sin embargo, Vázquez, en los dos toros que mató, montó el acero sobre el carrillo derecho, Posada hizo igual y Belmonte la llevó, al engendrar el viaje, a la altura de los machos de la montera.

Pero hay más; todos los espadas levantan el brazo derecho en el segundo tiempo del volapié, aunque en el primero cuadren bien; y al siguiente, cuando doblan la cintura y juegan la mano izquierda, el brazo derecho rebasa la altura de la cabeza. Un poquito de observación, lector, y te convencerás de lo que digo.

También ese grupito de enemigos hablan mucho del toreo de ventajas. ¡Dicen que José torea con ventajas! No he visto atrevimiento igual. Decir que torea con ventajas un diestro que siempre está solo con el toro, lo mismo en los tercios que en los medios, y que además siempre lo vemos materialmente metido entre los pitones, que manda a su capricho, que domina lo mismo al bravo suave y al bravo nervioso, al manso inocente que al manso traidor, al grande que al chico, a toda clase de toros, en una palabra; decir eso, repito, es negar la existencia de la luz del sol.

¿Que torea algunas veces por la cara? ¡Claro! Cuando es preciso. Pero cuando quiere y ve en el enemigo condiciones para correrle la mano, lo hace erguido, de brazos, pegado al cornúpeto. Sus pases naturales son sencillamente hermosos, puros, inmejorables; la cintura la hace girar acompasadamente a tono con el brazo izquierdo, sin mover los pies de la postura primitiva hasta rematar el pase.

Que sabe como nadie mandar con los brazos no

es posible dudarlo, y si alguien lo duda, acuérdesse de aquellos magistrales y peligrosos cuatro pases que dió al séptimo saltillo el día 15 con ambas rodillas en tierra; aquel bravo bicho de Saltillo nerviosísimo, que al perder los vuelos se revolvía rápido para comerse al diestro; aquel saltillo, que de dos saltos alcanzó a *Cantimplas* después de haber salido con gran desahogo de un par de banderillas. ¿No se manda así? ¿Habrá quien sepa mandar mejor ni quien sepa torear con más arte y maestría?

Yo no puedo creer que este torero tenga enemigos; los que por sus actitudes parecen que lo son, seguramente llevan dentro otra cosa; serán enemigos por antipatía personal o por tenacidad, quizá por intereses creados (y conste que no me refiero a escritor alguno), quién sabe si por odios nacidos hacia la familia Gómez Ortega en otros tiempos; ¿pero por la calidad y cantidad de torero que lleva dentro José? No, eso no es posible en buenos aficionados. Si tiene enemigos el torero de Gelves, yo me atrevo a decir que esos enemigos no saben ver toros, porque en época alguna existió torero tan grande, tan completo.

¡Volved a la razón, rebeldes, y aplaudir con entusiasmo a ese coloso de la tauromaquia!

* * *

A los toros.

El día 8 se presentaron unidos Joselito y Belmonte en esta Plaza para matar seis de Contreras.

Uno fué retirado al corral, no sabemos por qué defecto físico del toro, y fué sustituido por otro de Páez, que se lidió en cuarto lugar.

¿Será preciso consignar que en la Plaza había gran ex, ectación?

No, no es preciso consignarlo; pero lo que sí viene como anillo al dedo es grabar en estas páginas una observación que hizo el notable escritor y gran aficionado Sr. Moya, que firma con el pseudónimo de *El Maestro Banderilla*.

Dice así:

«A *Guerrita*, cuando no sabían qué figura ponerle enfrente, buscaron la de Reverte, hombre sugestivo y torero tan valiente, que llegaba a la temeridad.

Cuando Reverte salía decidido a jugársela, como decían sus amigos, y de ello podrán dar fe los aficionados de Bilbao, estaba tan formidable de valiente que sobresalía por encima de *Guerrita*.

Pero a la corrida siguiente, *Guerrita* volvía a ser *Guerrita*, y Reverte, con toda la sugestión de su indiscutible simpatía, se quedaba en Reverte.

En plena juventud, todavía antes de formarse el tumor que le ocasionó la muerte, Reverte ya había iniciado su ocaso, en tanto *Guerrita* se despedía del toreo siendo *Guerrita*.

Y esto que pasó antaño, se repite hogaño.

Es la historia que nos enseña claramente el porvenir "

Admirable, ¿verdad?

José toreó al primero de Contreras con varias verónicas aceptables.

Con la muleta se muestra valientísimo a pesar de tener por enemigo un toro bronco y algo quedado.

Frente a los chiqueros se mete a matar, cogiendo una estocada baja por haber hecho el toro por el diestro más de lo que éste seguramente creería.

Al tercero, que lo encontró sosote y sin fijeza, lo sujetó en los primeros pases y luego, ya dueño del bicho, hizo una faena inmensa intercalando pases admirables a dos dedos de los pitones; naturales, de rodillas, molinetes en la cara, no en el cuello donde no hay pitones.

Un pinchazo alto, entrando de verdad, y una estocada arribita, saliendo limpio por los costillares. Hubo ovación enorme y concesión de oreja.

Al quinto, de salida lo recogió con varios capotazos notables por la forma suave de recoger y mandar. Esa suavidad que es su característica toreando de capa y en el alivio a los montados.

Hizo quites primorosos y remató el último llevándose al toro en un soberbio galleo en el que se veía al cornúpeto indistintamente por debajo de uno y otro brazo. Tan ceñido llevaba al bicho que al último engaño casi le tropieza el animal en una

pantorrilla. Fué grande el entusiasmo, pero consignemos como nota curiosa que un escritor, muy significado enemigo del torero, no supo *lo que era aquéllo*, y como no lo sabía no pudo consignarlo en su revista.

En esta tarde Joselito sobresalió cien codos por encima del rival. Así lo reconoció la afición sana.

Dos días después se encerraron los ídolos con bichos de Parladé. Expectación y un calor de cien atmósferas en ambos bandos.

Los toros fueron bravos, nerviosos y de mucho poder. Una corrida para toreros grandes, para toreros enterados.

José manejó la franela en el primero dando pases muy buenos por naturales y de pecho. La faena resultó magnífica; pero dió varios pinchazos sin acertar con el sitio.

También en el tercero, que no llegó franco a la muerte, hizo otra labor de muleta reservada a los que conocen las condiciones que trae el enemigo y se ajusta a ellas para que proclamen su maestría; no tuvo acierto al herir. Ni en el quinto hirió bien; pero en cambio con la muleta rayó a una altura grande, siendo ovacionado con entusiasmo.

Por haber resultado cogido Belmonte en el sexto, se fué al toro con la muleta, y metiéndose entre los pitones, se apoderó del bicho, que estaba de cuidado.

El Maestro Banderilla, dice pintolescamente hablando de esta faena:

«Josef to se hizo con el toro y hasta con la familia del toro, demostrando que para dominar hay que llegar a la cara con valentía, sin dudas ni vacilaciones, aun cuando digan que de esta manera se atonta a los toros y se les domina. Más vale así, en lugar de que sea el toro el que atonte al torero a fuerza de golpes.»

El triunfo de José no fué posible negarlo, y como no era posible, alguien censuró al diestro porque *arrimándose y castigando con la muleta supo reducir a un toro que había cogido a Belmonte por dudarle*. ¡Oh, notable!

El día 13 mató dos toros de Gregorio Campos. En su primero aguantó cuatro tarascadas del bicho que estaba difícil a pesar de su escasa presencia, y como el público lo había protestado con insistencia, el matador se limitó a cumplir despenándolo de una estocada pasada y algo caída que fué suficiente.

En cambio tuvo en quinto lugar un toro cárdeno grande y de mucho poder. Y aquí fué Troya; pases naturales, de pecho, altos, ayudados, de pie, de rodillas, de costado y de órdago a la grande. *Aquello* fué lo suyo, lo único, y cuando cansado de torear entre el entusiasmo de las masas, se echó el estoque a la cara, atacó recto y metió media en las agujas que obligó al bicho a rendirse; ovación

grande, petición de oreja, que hubiera sido concedida, pero el chico le hizo señas al usía para que no accediese.

Y llegamos al 15, con ocho de Saltillo, de los que le correspondieron dos. Su primero estaba agotado en el trance final, tan quedado que tuvo que pinchar cuatro veces sin moverse el bruto. Descabelló.

En el otro hizo una faena inmensa, coronándola con media estocada alta. El toro, como sugestionado por el diestro, *fué muriéndose* a medida que el torero bajaba el trapo como indicándole el camino. La ovación fué enorme, grandiosa y el torero cortó la oreja.

¡Pobrecillo!

Y el día 30 tuvo dos de Murube, muy descompuesto, incierto, bronco y *mala persona* el primero, con el que no estuvo mal ni pesado, pero sin hacer nada de vistosidad.

Pero llegó el sexto, su segundo, y aunque manso, reveló con él su maestría, su arte y sus enormes facultades de lidiador fácil y sugestivo.

Solo en la Plaza con el toro, ocupando el matador los medios, citó al bruto para fijarlo. El cobarde bicho, extrañado del desaffo, no perdía de vista al torero, que iba acercándosele paso a paso, majestuoso, gallardo. Muy en corto ya, hace José una parada y alegre con el cuerpo; el toro se da por enterado y mueve la cabeza como diciendo, "acep-

to el reto». El público, impulsado por la escena tan sugestionadora, prorrumpe en clamorosa ovación, pero corta en seco el atronador aplauso porque el bicho se arranca rápido al torero, éste lo burla con un soberbio quiebro y le deja en las agujas el par de rehiletes. El entusiasmo llega al límite; el magistral torero es objeto de los vítores y aclamaciones de la multitud frenética.

José repite de frente colocando dos soberbios pares en las agujas y luego, con muleta y espada, se acerca al bicho manso, y consintiendo, toreando a dos dedos de la res, ejecuta una faena inmensa, más grande aun porque hace con su arte, con su saber ilimitado, de un toro manso un toro bravo.

Tan admirable faena tuvo por epílogo una gran estocada en las agujas. Si grande fué la faena, no lo fueron menos las aclamaciones populares, y al salir las gentes de la Plaza para asaltar los coches, todos proclamaban la indiscutible soberanía del torero.

Sólo un grupito de amigos que ocupan asientos en el tendido 1 de la Plaza, muy seriecitos ellos, como si acabaran de dejar a un deudo en la fosa eterna, decían: «—No ha estado mal, pero la estocada estaba un poquito trasera.

—Y dió un pase de pitón a pitón.

—El toro era bueno.

—Ya lo creo, y acudía bien.

—¡Pchs, no ha estado mall!

—No, mal no, pero no emociona.

—Sí, torea con ventajillas, con trincherillas, no es el toreo del valor.»

¡Pobres hombres, lo que van a sufrir en esta vida!

Y así terminó para José el mes de mayo. Si me extendí en el relato, no fué culpa mía sino de él, que se extendió tanto en su actuación.

Está consagrado.

Como empecé relatando sus encuentros con Belmonte y antes mató otra corrida, consigno que el 2 de mayo toreó y mató dos toros de los que fueron del Conde de Trespalacios. Su primero, sin poder ni bravura, dobló las manos en varias ocasiones, y el diestro, solo con el bicho, lo toreó muy suave en armonía con las escasas fuerzas del animal. Una estocada pasada fué el refrendo de la faena.

Al sexto le dió *Celita* tres capotazos recortando, que no molestaron al matador del astado porque ese niño no sufre contrariedad por que un modesto compañero busque los aplausos del público.

Al entrar la lidia del toro en el segundo tercio, unos piden que banderillee José; otros se niegan a grito herido, quizá con razón, porque el chico apenas sabe de estos menesteres, ¿verdad? Se impuso la razón sobre la bilis concentrada, y Joseli-

to dió un cambio sin clavar, luego otro clavando, uno sublime de frente y otro caído, ejecutando bien. Después faena grande, de emoción y de arte, que corona entrando junto a chiqueros y al hilo de las tablas para dar una buena estocada.

Quisieron sacarlo por la puerta grande, pero el muchacho pudo librarse del asedio y se fué ligero.

Este es el torero. Si en alguna época hubo diestro que hiciera más en seis corridas, yo lo ignoro, y es raro, porque he seguido la historia con cariño para aquilatar méritos y sacar consecuencias.

Si la suerte acompaña a este colosal torero en su vida artística y logra no ser blanco de un accidente fortuito de los que no sirve ni la suficiencia, ni el arte, ni el valor, hay torero para veinticinco años más. Es seguro que se retirará antes, porque allá en el año de 1920 necesitará doce o catorce horas diarias para ordenar sus cheques, recibir a sus colonos y liquidar con sus administradores.

¡Dios te guarde, fenómeno!

Posada

Es un gran administrador de sus intereses, y hace muy bien, porque mientras recorre largo camino, excesivo para sus facultades, va consolidándose, hasta que pasados dos o tres años los públicos se acostumbren a él. Tiene un peligro el pro-

cedimiento: que la caída a veces es rapidísima, y puede ocurrir que en determinado momento se vea sorprendido por el alejamiento de las Empresas; en cambio tiene una ventaja: aprender cada día más hasta ser un buen torero, *si el toreo le entra en la cabeza*, como en jerga taurina suele decirse.

No es Posada torero de feo estilo, pero resulta algo frío, algo incoloro, muy poco emocionante. Si adobase la ejecución con más gracia, con más nervio, con más coraje, es fácil que prestásemos alguna atención a esas orejas y ovaciones provincianas que vienen por los socorridos hilos telegráficos.

Sabe administrarse porque unas veces al lado de José y otras al de Belmonte va toreando, tanto o más que por voluntad espontánea de las Empresas. Además tiene también su banquetito al terminar los cursos taurinos, y como todo eso es savia, su nombre suena mucho, y parece que es mejor de lo que es frente al toro.

Ya he dicho que no es despreciable su toreo; pero no encuentro justificado que el pasado año torease más que Pastor y Gaona, como puede ocurrir en éste, ocupando en el turno el cuarto lugar.

Entrar en la carrera por el cuarto turno no tiene gran valor. Es el turno del favoritismo, no el de la suficiencia.

Currito ha sido uno de los trágicos en el mes de mayo y por fortuna puede contarlo. Yo me alegro.

Toreó dos tardes, el día 11 y el 15. La primera reses de Veragua, y de Saltillo la segunda.

Con los primeros estuvo bien, sin grandes notas, pues si tuvo suerte al herir se colocó lejos y pudo deslucirse. Al primer toro le dió una estocada algo ida después de un buen pinchazo, y al otro una buena estocada, pero saliendo descompuesto de la reunión.

En la de Saltillo sólo mató un toro, el cuarto, que le alcanzó cuando marcaba la salida entrando a matar. Del suelo le recogieron los asistencias, y en vez de llevarle rápidos a la enfermería, el diestro se hizo conducir en brazos bajo la presidencia para saludar.

¡No pierde detalle!

Yo no censuro al chiquillo porque trae deseos; pero me han molestado siempre los efectos de relumbrón frente a los públicos.

Los toreros en la Plaza, y los cómicos en el teatro; este es mi lema.

Belmonte

Ya estamos frente al torero de las discusiones, el torero que conmocionó a la afición haciéndole perder la brújula; frente a ese torero que llenaba las Plazas al solo anuncio de su nombre en los

carteles y que todavía tiene un renombre estimadísimo al abrigo de su especialidad.

¡Juanillo el único, el de las verónicas, el de los molinetes, el de los recortes ceñidísimos y lapidarios!

¡Juanillo el trianero, que se ciñe al enemigo como una ostra a la roca que lamen las olas del mar bravío!

—¿Usted ha visto a Juan en lucha con un toro bravo? ¿Ha visto a Juanillo echarse los toros a la espalda hasta que se muerden la cola a semejanza de las pescadillas fritas? ¿Usted ha visto a *Terremoto*, metida la cabeza entre los hombros, jugar el brazo izquierdo en un pase de pecho hasta dejarse rozar las tripas por el cuerno del animal? ¿Usted?...

—Déjese usted ir, querido amigo, que en el vértigo de su locura me está usted atormentando con tanto lance de emoción que me ponen los pelos de punta.

—¿Usted?...

—¡Alto, hermano, que ahora me toca a mí el interrogarle.

—¿Cómo?...

—¿Usted ha visto a Juan volar por los aires al engendrar sus grandes verónicas? ¿Usted ha visto a Belmonte salir atropellado y descompuesto al torear de muleta? ¿Usted ha visto a *Terremoto* dudar en toros que traen algo? ¿Usted ha visto cien veces a ese muchacho, rodeado de la cuadrilla, ti-

rarle mandobles a los toros con recelo y sin acercarse? ¿Usted?...

—Alto, gracioso, porque está usted buscando la parte mala.

—Pues no se mueva, alma mía, porque usted no quiso tocar más que lo bueno.

—¡Pero es que ese poco bueno!...

—¡Pero es que ese mucho malo!...

Dejemos a estos dos discutidores mano a mano hasta que se pongan de acuerdo, que va a ser algo difícil, y mientras ellos se disparan caramelos adjetivados, nosotros, más tranquilos, mejor equilibrados, razonemos sobre las condiciones artísticas del torero trágico Juan Belmonte.

Juanillo, como dicen sus amigos y paisanos, tiene un estilo especial, emocionante en grado sumo, al torear de capa; es decir, cuando puede torear de capa, porque en corridas de respeto y toros de poder puede pocas veces; pero cuando puede dejar su sello grabado, su estilo que le dió nombre, ese estilo que además del nombre puede darle un disgusto enorme, como ya le ha sucedido repetidas veces con una suerte... que Dios se la conserve, no hay quien lo imite. Y no hay quien lo imite, porque los que pudieran hacerlo saben que metiéndose a cada momento y en cada lance en el terreno del toro, lo más lógico es que el toro se quite el estorbo de en medio. No es posible torear siempre en los terrenos del toro; menos fácil para

los que carecen de facultades en las piernas, necesarias, porque son colaboradoras a la hora obligada de enmendarse, del juego de brazos. Lo mismo le ocurre al torear de muleta; pero no cantemos gloria siempre, pues el toreo emocionante lo prodiga el trianero raras veces, cuando sale el toro suave, ese toro que el pasado año lo tropezó veinticuatro veces.

Especialista del toreo es Juan, que siempre ejecuta por el mismo camino, en la misma forma, con idéntica suficiencia y conocimiento de la res. Cuando remata con limpieza, la sensación de arte que transmite es enorme; cuando no puede hacer nada, deja una estela de insuficiencia que nos lleva frente al novillero inexperto. No pedirle a Belmonte una faena de castigo, de dominio, de ciencia taurina, porque no podrá complaceros; admirarle cuando un toro le tome valiente y suave los vuelos del capote o los vuelos de la muleta. Yo en estas cortas ocasiones me entusiasmé de verdad, y sin poder contenerme, al impulso de la emoción sentida, lancé un ¡olé! potente, es decir, con la potencia de una voz velada.

No hay forma humana, aunque se empeñen frailes descalzos, de que Juan pueda sostener competencia con Joselito, y si tenaz y temerario o mal aconsejado se empeñase en ello, suya será la culpa de lo que pueda ocurrirle.

No soy enemigo de Juan; ¿por qué he de ser

enemigo de tan bondadoso muchacho?; pero sin haber estrechado su mano nunca, sin conocerle, me enorgullezco de haberle dicho en mis escritos lo que siento, lo que es verdad, lo que debe decirse a un muchacho que llevándole por mal camino siempre está en los bordes de la tragedia.

Es torero muy corto, pero grande en lo poco que hace. Con ese poco puede conservar su altura si sabe taparse cuando no pueda ejecutar. Y como no hablarle así es perjudicarle en sus intereses y en su integridad personal, el 23 de julio del pasado año publiqué en *El Fenómeno* el artículo que copio, creyendo que le hacía al torero un favor señalado.

Me valió algunas contrariedades porque no supieron interpretar fielmente el fondo de aquellos razonamientos.

Decía así:

«Después del éxito del benjamín de la casa Gómez Ortega, éxito legítimo logrado al calor de lucha, de dominio y arte, Joselito está en el pináculo de la fama, con cimientos de hondas raíces, de cuya altura parece imposible que torero alguno pueda arrojarlo.

En la actualidad no hay quien compita con él; sólo su hermano Rafael, en tardes felices, podrá restarle aplausos, porque ese torero pequeño y enfermizo es el coloso de la tauromaquia cuando confiado despliega la muleta ante la cara de un toro. Pero es el niño, y...

Joselito, más joven, con más vida y con más afición, es el torero completo, único hoy por hoy, sin la salsa que el cocinero calvo emplea para sus grandes guisos.

Torea, domina y mata. Excelente banderillero, lleva la gentileza de sus colosales facultades a todos los terrenos. Pisa el suyo, el de los toros; sabe dónde está el alivio y en qué sitio debe apretarse. Nadie interviene en la lidia sin su mandato sabio, que sabe para qué se creó el capote y la muleta. Lo que él no haga con el toro, nadie lo puede hacer.

Estimo como un delito de lesa sentido común y antihumanitario el pretender colocar a Juanito Belmonte frente a José. Si el trianero oye de labios officiosos estos halagadores engaños, dígame al oído del que así le aconseje sólo una palabra: *¡criminal!*

Sí; es llevar a la muerte a Belmonte si continúan *los locos* en sus ataques sosteniendo la posibilidad de esa competencia. Belmonte no puede competir con José, sin negarle por esto los puntos culminantes y aislados que el *fenómeno* tiene en su toreo; pero ya hemos visto en este ruedo, que es tan corto, tan insuficiente, que necesitando para lucir ese toro de *paja* que sale raras veces, ese mismo toro en seis tardes tiene con él cinco encuentros.

Para los duros, broncos, avisados y nerviosos, no hay torero en Belmonte.

Lucha como lucha un novil ero inexperto, sin saber, y más que otra cosa, sin poder.

¿Es posible, letor amigo, esa competencia? ¿Es humano que por egoísmo de unos locos ese muchacho camine por el sendero de abrojos que le han trazado, exponiéndolo a un definitivo contra-tiempo? ¿No es nobleza proclamar a los cuatro vientos la imposibilidad de una lucha que por fuerza resultaría trágica?

Belmonte está mal dirigido en la actualidad. Bien que allá en su época de novillero se desbordaran sus cantores proclamando heroicidades casi inverisímiles; bien, amigos, que el botafumeiro siguiese inundando con sus espirales de incienso el ambiente taurino; pero llegada la hora de la parte seria y fundamental, esos mismos cantores de oficio, recogiendo velas, por cariño a Belmonte, por simpatías al bondadoso muchacho, han debido, en alarde sentimental, buscar la forma decorosa de apartarlo del precipicio.

Lo que están haciendo con Belmonte sus amigos es inicuo, inaudito, inadmisibile.

Por eso, por elemental principio de humanidad, este humilde cronista, al salir de la Plaza de Toros la tarde del viernes 3 de julio, no quiso contestar a un loco belmontista, que, acercándosele sentenciosamente, le dijo:

—Verá *usté*, Marcelo, el día que *Juaniyo* mate seis toros solo una tarde.

¿Seis TOROS? ¡¡Criminal!!»

Esto que dije entonces lo sostengo hoy, sustituyendo la frase que pueda parecer fuerte; pues no estuvo en mi deseo ni ahora ni nunca molestar a nadie. El concepto, el fondo, lo sostengo hoy con la misma fuerza.

*
* *

Y vamos a la Plaza. El día 25 de abril obtuvo en este ruedo un señalado triunfo en uno de sus toros, y con esta aureola se presentó para contender con Joselito el día 8 de mayo. Mató dos toros de Contreras y uno de Páez. A su primero, que era corto de defensas y suave, no pudo torearlo de capa. Con la muleta estuvo valiente, consentido, pero sin grandes perfiles. Metió un pinchazo sin compromiso, y luego una estocada atacando desde cerca y derecho. Salió por la cara y escuchó una ovación justa por lo decidido, porque se mostró pundonoroso.

El cuarto, de Contreras, fué devuelto a los corrales sin razón alguna, porque el defecto que el público creyó ver no era cojera, sino flojedad en las manos.

El sustituto de Páez fué manso. Salió trotón y no hizo caso a los caballos; lo quemaron y continuó tan manso como antes.

Belmonte no lo entendió; movió la muleta aquí y allá sin sujetar, sin alarde alguno de suficien-

cia. Dió dos pinchazos de cualquier modo, y luego una delantera arrancando mal y perdiendo los trebejos.

El público también pidió que el toro fuera devuelto a los corrales. La razón no la encontramos por parte alguna.

Al sexto le dió varias verónicas moviéndose mucho y salió con apuros al final. Con la franela, valiente a veces, pero sin relieve alguno. Tres pinchazos muy medianos y media baja.

No hubo motivos en esta corrida para jalear al trianero, y como no los había, alguien hizo hincapié en la estocada del primer toro; fué buena, pero el diestro se quedó en la cara y por la cara salió.

¿Torero y matador? ¡Hombre, parece muy pronto!

Dos días después, en el segundo encuentro con Joselito, se las entendió con tres toros de Gamero Cívico, antes Parladé. Hubo nervio en las reses, pero hicieron lidia poco franca. Los mejores, los dos primeros; el tercero, llegó molestando mucho; el cuarto adelantaba del pitón derecho; el quinto, muy soso, y el sexto, duro y de poder.

Su primer toro, que se arrancó fuerte a los primeros capotazos de los subalternos, cogió a Belmonte frente al 10 cuando se disponía a fijarlo con el capote. Lo empitonó por la entrepierna, lo llevó suspendido buen trecho y lo arrojó cerca de las tablas del 1, donde quiso recogerlo, pero llegó Jo-

selito tan a tiempo, que pudo llevarse al toro sin que éste lograra su criminal propósito.

Por suerte, Juan no fué herido y pudo volver al toro sin otra cosa más que la paliza. Desde este momento se apreció en el diestro marcado recelo, menos en algunos quites, que los remató muy bien.

A este toro lo muleteó desde distancia y lo mató de un pinchazo llevando el brazo muy alto y de una estocada caidísima. Al cuarto lo pasaportó de un bajonazo previo trasteo de muleta equivocado, pues ya hemos dicho que el bicho adelantaba del pitón derecho. Y en el sexto comenzó su toreo de muleta distanciada e inseguro, y cuando quiso confiarse, el enemigo le echó mano así como para destrozarlo. Por fortuna todo se redujo a la paliza, que lo tuvo en cama algunos días. ¿Competencias? ¡Qué poco queréis al trianero!

¡A vivir, Juanito, a vivir al abrigo *de su especialidad!*

Saleri II

Julián Sáiz, el torero de Romanones (Guadalajara), no debía apodarse *Saleri II* porque nunca segundas partes fueron buenas. Además, si al escoger este apodo pretendía heredar las glorias de su antecesor, convendrá conmigo el simpático mu-

chacho que el porvenir se le presenta un poco oscuro.

No; Julián sabe torear y sabe adornarse, y como tiene afición y deseos de ocupar un buen puesto, fácil es que lo logre si olvida recelos e incertidumbres que lleva muy a la vista.

El día 13 toreó con los hermanos *Gallo* reses de D. Gregorio Campos. Era un cartelito para *arrear pa alante* y dar una nota aguda; de lo contrario, estaba expuesto a caer en la indiferencia del público por tener éste su atención concentrada en otro sitio.

Peró como a los toreros, sobre todo a los toreros modestos, debe juzgárseles por lo que son y no por lo que otros hagan, debemos decir de *Saleri II* que el muchacho sacó del arca todo su buen deseo, y si no lució más, culpa fué de la suerte, que en estos menesteres taurinos tiene lucida representación.

En quites estuvo bien y con la muleta cumplió. A su primero le dió cuatro pinchazos porque el bicho tenía alta la cabeza y resultaba difícil meter el brazo. Al último lo despenó de media estocada en todo lo alto, saliendo apoyado en el estoque.

*
* *

Esto ocurrió en Madrid. Si fuiste a las corridas, lector amigo, y pasas la vista por estos renglones, creo que no formarás mal concepto de mí.

Lo relatado se ajusta en un todo a mis observaciones.

La novillada

Para el día 17 organizó la Empresa una novillada por no contar con buenos elementos para una corrida grande.

Se lidiaron seis novillos de Pérez de la Concha y fueron los matadores *Ale, Chanito y Fortuna*, revelándose el segundo como buen torerito.

Una novillada entre tanta corrida de fuste no tiene importancia.

Seis novillos de desecho al lado de tanto bicho famoso, no merecen el honor de un capítulo.

¡Cojos, tuertos y mogones!

¡Lagarto, lagarto!

¡¡El novillo!!

Es la víctima de las dehesas. El novillo no tiene derecho a la vida regalada, a la vida próspera; no conoce el desacreditado bovino las excelencias de un pesebre espléndido, de un pesebre con habas que conforte las perdidas energías que trajo al nacer.

El pobre novillo no goza de las caricias de los

mayorales y vaqueros, ni jamás tuvo los honores de una mirada grata del dueño de las reses. El novillo es rudamente castigado por los mozos de campo, que le desprecian, y es brutalmente vigilado para que no trasponga el vallado o empalizada que los separa de las vacas, señoras bravas, ojito derecho del ganadero.

La sangre del novillo de desecho es maldita, mancha, impurifica, denigra, arruina. ¡Ay de la señora del harén que tenga la debilidad de oír los mugidos halagadores de un novillo escapado a la mirada de los eunucos! ¡Ay de la hembra que se deje querer por un *tío* con pitones que en la tiente volvió grupa a los hombres del palo-termómetro, marcadores de los grados de bravura! El castigo de esta hembra impúdica será inmediato; jamás gozará de los favores de los *marchosos* de la raza, y morirá con su cría vilmente en el inmundo matadero si cometió la torpeza de agarrar en el encuentro.

¡Pobre novillo, qué triste condición la tuya! Si recapacitando sobre tu situación vuelves de tu juvenil acuerdo y bravo te muestras en la modesta corrida en que te lidien, tus proezas no pasarán a la historia, tus energías caerán en el vacío, tu dueño no lo agradecerá porque no das fama a la divisa, pues al fin y al cabo no eres más... que un novillo.

Si eres tuerto, tu defecto causará enojos porque te

forearán sólo por un lado y con precauciones por si tuvieras el mal gusto de caerte del alfiler correspondiente a la ventana soleada; si miope, te juzgarán como muy peligroso, porque para dominarte precisará casi tocarte el testuz; si sólo ves los bultos a distancia, causarás pavor, porque tus arrancadas serán peligrosas, temibles, definitivas; si eres mogón del derecho, tu importancia será risible, porque dejas el camino franco a la hora de meter el brazo; si del izquierdo, las bravas faenas de la mano zurda, que debe emplear el diestro, perderán en valor.

En fin, pobre novillo, naciste con estigma infamante y estás condenado a recoger las minucias de tus hermanos poderosos. Estás condenado a yerba perpetua y en cantidad medida, la precisa para sostener la vida.

¡Y pensar que contigo se inician los elegidos del arte para que luego te desprecien!...

Pero bien te desquitas, bovino defectuoso, porque también das *coba* y consientes a muchos para que luego se estrellen ante la fiereza de tus hermanos, limpios y decorosos, que los arrojan al montón y luego al olvido.

Eres despreciable por los cuatro costados. Eres... un novillo.

EPILOGO

Terminadas las fundamentales corridas del mes de mayo, en las que el diestro *Gallito* reveló una vez más el poder inmenso de su arte, logrando atraerse al público en masa y siendo objeto de grandes ovaciones, unánimes, cerradas, por el derroche de toreo y por el derroche de su saber extraordinario, surge el enemigo implacable que acecha al diestro para mostrar su malquerencia, y la manifiesta a destiempo, con marcada injusticia, dando lugar a una contraprotesta de la gente culta, que no acepta ni aprueba procedimientos de los que llevan el odio por bandera.

Es tristísimo lo que ocurre inmediatamente después de un período de trabajo grandioso, artístico, de extremado valor, en el que puso de manifiesto el joven torero *Gallito* el poder de sus facultades, intelectuales, físicas y de las exquisiteces de su arte soberano.

Es tristísimo zaherir a un torero que siempre solo con el enemigo lo reduce y lo vence por rebelde que sea, sacando gran partido de toros que

a casi todos los diestros les vienen muy ancho y encuentran en ellos el motivo de las grandes broncas.

Joselito, toreando, le vimos templar, mandar, recoger y castigar. Lo vimos metido entre los pitones, conscientemente, ejecutando limpio. Lo vimos más valiente que torero alguno, porque su valentía la demostró con el pastueño, con el nervioso, con el fácil y con el difícil, y después de todo esto, después de haber logrado la sanción favorable de la gente culta, imparcial y aficionada que va a los toros sin odios y sin maldad en el alma, ¡se le zahiere y molesta cruelmente porque un toro lo desarma, por pisarle la muleta o porque pinche cinco veces a causa de haberse herido en la mano derecha y en sitio de apoyo! ¡Oh público que te dejas engañar por esos paladines que se han impuesto la misión de *cantar a su torero* a toda orquesta, y no encuentran otra partitura apropiada que el odio al rival! Despierta ante la realidad de los hechos y enarbola la bandera que siempre en alto llevaste y pide con exténtorea voz lo que siempre pediste: ¡toros, TOROS, TOROS!, verás quién es el bueno, cuál es el maestro, quién el que domina, el que sabe, el que manda.

Protesta de una vez ante las camadas de novillos que te sirven y obliga a esa Empresa a que dé en las corridas que pagas a tan alto precio toros de cinco años, de tipo, de poder, de carniceras, y

apreciarás quién es el novillero y quién el matador hecho.

Ese joven torero, que belmontistas y gaonistas (si los hay), confabulados, siguen para destruirlo, toreó en 1912, en las 13 corridas (y no 19, como equivocadamente consigné con anterioridad), reses de Anastasio Martín, de Campos Varela, de Guadalest, de Miura, de Moreno Santamaría, de Páez, de Salas, de Saltillo, de Surga, de D. Teodoro Valle, de Veragua.

En 1913 se las entendió con ganado de Anastasio, de Antonio Guerra, de Bañuelos, de Benjumea, de Bohorquez, de Campos Varela, de Concha y Sierra, de Contreras, de García de la Lama, de Guadalest, de D. Félix Gómez, de D. Esteban Hernández, de Miura, de D. Vicente Martínez, de Murube, de Moreno Santamaría, de Nandín, de Pablo Romero, de Páez, de Palha, de Peláez, de Pérez de la Concha, de Parladé, de Salas, de Saltillo, de Santa Coloma, de Trespacios, de Tovar, de Urcola, de Villalón y de Veragua.

En 1914 mató reses de los ganaderos citados y además sumó en sus listas las ganaderías de Gámero Cívico, Medina Garvey, Albarrán, Aleas, Conradi, Castellones, Garrido Santamaría y Viuda de Soler.

Es decir, este torero ha probado su suficiencia con todas las ganaderías de reses bravas, y si alguna falta en este relato, no será por culpa del to-

rero, sino porque a las Empresas no les habrá convenido adquirirlas.

Un diestro que desde el primer año de alternativa alcanza la mayor altura por sus propios merecimientos, que se extiende su fama cuando realizó en la capital de España faenas asombrosas de arte, valor y dominio, ¿es merecedor a que se le fustigue tan despiadadamente, tan injustamente, con la pretensión de que, aburrido, abandone la Plaza madrileña?

¿Es posible dar beligerancia a esos cronistas que a diario se les ve cerca de otras figuras del toreo, que se desbordan censurándole faenas a Joselito que merecieron la aprobación de los sensatos y videntes? ¿Es posible admitir en el concierto de las gentes bien equilibradas a esos *caprichosos* que liándose la manta a la cabeza defienden a su ídolo, no en los momentos grandiosos de su arte, que los tiene, sino cuando, ignorante, va receloso a trastear, presentando el pico de la muleta y rodeado del *pelotón de los torpes*?

Rectifica, público, y muéstrate sensato, apreciando en su valor el verdadero mérito. Rectifica, y al ser justiciero desaparecerán de la Plaza esos aires bélicos que, de continuar soplando, alejarán a los hombres de orden, enemigos de ambientes de barateros. Imponte con tu buen juicio y aleja de tu lado a los sectarios perturbadores, a los profanadores del oro de ley.

No pierdas de vista, público imparcial, que en el arte de torear fué siempre maestro el que supo conocer las condiciones del enemigo y por conocerlas a carta cabal aplicó el toreo que cada astado requería.

Ríete a mandíbula batiente cuando te digan que un torero es bravo si tú lo ves distanciando e ignorante frente a un enemigo que ofrezca dificultades.

Frascuero fué muy valiente, excesivamente valiente; por serlo y no conocer al toro como *Lagartijo* lo conocía tuvo gravísimas cornadas; pero las tuvo porque *se acercaba al noble y al marrajo*. Ese era valiente de verdad.

Lo fué el *Espartero*, porque, escaso de conocimientos taurinos, *se acercaba* a todos los toros, y por acercarse a todos llevó su cuerpo a la tumba lleno de cicatrices. *Guerrita*, su compañero, dominador y maestro, dejó la estela de arte que a todos llega en la actualidad.

Pero llamar valiente a un torero que sólo se acerca al astado que entra franco en la capa y muleta y duda distanciando ante el difícil, ¿no es un contrasentido?

¡Señores, a lo que hemos llegado!

En el toreo lo más difícil es *ir por el toro que no viene*, no el aguantar al que acude franco.

Si los belmontistas rabiosos, es decir, los sectarios del belmontismo depusieran su actitud y, me-

tiéndose en el terreno de la sensatez, reconocieran en Joselito y Belmonte lo que son los dos dentro del arte de torear, estaríamos todos de acuerdo. Y llegaríamos a la unión de ideas, porque confesarían la superioridad de José en el conjunto de la lidia y las bellezas de Belmonte en el toro fácil.

José tiene un vicio marcado: la forma de montar la espada para entrar a matar; vicio que corrige actualmente, como habrán apreciado todos los que sean observadores.

Belmonte procura en la actualidad ser más seguro hiriendo y también hace progresos; pero no lo vemos más decidido que antes en toros dificultosos. En éstos duda mucho y recela más.

Cuando lo veamos más valiente con esta clase de enemigos, lo confesaremos con toda honradez.

La campaña gaonista no tiene razón de ser. Hablar de que José rehuye encuentros y de que le tiene miedo al mejicano, es tonto y no sé en qué cabeza habrá nacido. Hablar de que le *corre una varilla*, es de un candor de seminarista, mucho más cuando tienen que torear juntos en la temporada 12 o 15 corridas.

Puede ser que en las combinaciones de Empresas resulte alguna vez perjudicado Rodolfo, pero siempre será por esa ley natural que obliga a los hombres empresarios a formar carteles alrededor

de la figura, y aquí la figura sospecho que es *Gallito*, aunque se reconozca en Gaona como mil veces yo he reconocido, que es un torero de mucho arte, de mucha estética, y que siempre se ve en la Plaza con mucho gusto.

Yo creo que las impaciencias son perjudiciales y contraproducentes, y en Gaona más, porque tiene el número uno en el escalafón, y es fácil que pronto nos sorprenda el *Diario Oficial* con su ascenso al Generalato.

Sería una lástima que por indisciplina, rebelión o pronunciamiento quedase postergado en su carrera brillante con pase a la reserva.

Vamos hacia la línea de fuego y a luchar con arte táctico frente al toro, Sr. Gaona, que es el enemigo, y déjese de política de camarilla para obtener el grado, que es más honroso adquirido en el campo de batalla.

Se lo aconseja un hombre leal.

* * *

Un aplauso entusiasta al concienzudo ganadero D. Félix Urcola por la magnífica corrida con que nos sorprendió en el mes de mayo.

Dos de sus toros, los lidiados en quinto y sexto lugar, fueron ejemplares de bandera, hermosos, de gran poder y de extremada bravura; dos toros que ponen la divisa a la mayor altura y que enorgullecen a un ganadero.

Las ovaciones del público tributadas al señor Urcola fueron espontáneas, justísimas.

El ganadero correspondió a las públicas manifestaciones del entusiasmo popular, y conmovido por aquel acto brillante de sinceridad, le vimos enjugar lágrimas que le brotaban del corazón.

Volverá a Madrid; la Empresa pulsó a la opinión y sabe que el aficionado tiene derecho a saborear esas hermosas corridas cuya ausencia lamenta, trocándoselas por novilladas de buena marca.

Sólo hice referencias al quinto y sexto toro, pero en realidad los seis fueron hermosos, y más francos y más nobles hubieran llegado al último tercio si en los dos primeros se hubieran lidiado con más acierto.

Repito mi aplauso y mi enhorabuena.

¡Una gran corrida de toros, con edad, pitones y carniceras, señores de la Unión de Abonados!

Ese es el camino.

NOTA FINAL

El juicio sereno, la expresión imparcial de los hechos, no satisface a todos, porque en la afición taurina siempre hay bandos dispuestos a ensalzar al ídolo mientras pretenden derrumbar al enemigo. Pero como también hay aficionados sin bandería, a su opinión dejo lo expuesto.

No soy gallista, si el dictado de gallista significa ser detractor del arte de los demás toreros; pero si sólo envuelve el concepto de superioridad, claro es que gallista soy, y conmigo todo el mundo *que quiera* ver de toros.

¿Habrà quien dude todavía, después de lo hecho por Joselito en estas corridas de mayo, que es un caso sorprendente en la historia del toreo? ¿Habrà quien se atreva a decir que ha existido un to-

rero de más *cantidad y calidad* desde el punto y hora en que tomó la alternativa?

Hay que rendirse ante la evidencia; primero, José, y luego, los demás, en la proporción de sus conocimientos y de su ejecución dentro de las reglas del toreo.

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------|--------------|
| Dedicatoria..... | 5 |
| Prólogo..... | 7 |
| Escúchame, lector..... | 9 |
| Ya no hay campaña antitaurina..... | 11 |
| La fiesta..... | 15 |
| ¡Pasión, mucha pasión!..... | 18 |
| ¿Por qué es injusto el público?..... | 21 |
| La mano de torear..... | 25 |
| El toro..... | 28 |
| ¡A los toros, a los toros!..... | 29 |
| Pastor..... | 30 |
| Rafael..... | 35 |
| Mazzantinito..... | 44 |
| Regaterín..... | 48 |
| Bienvenida..... | 51 |
| Vázquez..... | 54 |
| Malla..... | 56 |
| Freg..... | 60 |
| Paco Madrid..... | 64 |
| Celita..... | 66 |
| Joselito..... | 68 |
| Posada..... | 80 |
| Belmonte..... | 82 |
| Saleri II..... | 91 |
| La novillada..... | 93 |
| ¡¡¡El novillo!!!..... | 93 |
| Epílogo..... | 97 |
| Nota final..... | 105 |

EN PREPARACIÓN

TOROS Y TOREROS EN 1915

(Recortes y Marcelo)

Recopilación de las corridas de toros y novillos celebradas en España, con juicios críticos de la labor realizada por los diestros y pelea que hicieron los toros, especificando las condiciones de presentación.

En otros capítulos se consigna con mucha escrupulosidad todo cuanto se refiere a la hermosa fiesta taurina.

SANTIAGO LOSARCOS Y C.^A

Príncipe, 17. — Madrid.

Gran establecimiento de aparatos de fotografía de todos los modelos.

Ultimos adelantos de la industria.
Accesorios.

Reproducción en postales de los carteles anunciadores de las corridas de abono.

Instantáneas artísticas. Ampliaciones.

CAFE INGLES

Calle de Sevilla

Servicio esmerado.

Cubiertos a la carta

Restaurant en el entresuelo

Grandes salones para
banquetes.

972





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 371 | Precio de la obra.....

Estante... 18 | Precio de adquisición.....

Tabla..... | Valoración actual.....

Número de tomos..





THE UNIVERSITY OF

CHICAGO

LIBRARY

OF

THE

DIVISION OF

THE

PHYSICAL

SCIENCE

DEPARTMENT

OF

THE

UNIVERSITY OF

CHICAGO

ILLINOIS